

Biblioteca de la SOCIEDAD DE HOMBRES DE LETRAS DEL URUGUAY

I X

JUAN CARLOS GOMEZ

ESCRITOS

MONTEVIDEO - URUGUAY

1952

BIBLIOTECA DE LA SOCIEDAD DE HOMBRES
DE LETRAS DEL URUGUAY

Volúmenes publicados:

- I. Víctor Pérez Petit: Los compañeros de Rodó: Carlos Martínez Vigil.
- II. Francisco Bauzá: Estudios literarios.
- III. Daniel Muñoz (Sansón Carraseo): Artículos.
- IV. Samuel Blixén: Cobre viejo.
- V. Julio Herrera y Obes: Escritos.
- VI. Carlos María Ramírez: Apuntes y discursos.
- VII. Breviario poético.
- VIII. Carlos Martínez Vigil: Mi ideario.
- IX. Juan Carlos Gómez: Escritos.

Correspondencia y canje:

Calle Juan D. Jackson N.º 1314, Montevideo. — Uruguay.

SOCIEDAD DE HOMBRES DE LETRAS DEL URUGUAY

Fundada el 6 de abril de 1942

Directorio:

Presidente:	Dr. D. José Pedro Segundo
Vicepresidente: (*)	Dr. D. José María Delgado
Secretario:	D. Miguel Víctor Martínez
Tesorero:	Contador D. Walter Correa Luna
Vocales:	Dr. D. Eustaquio Tomé
	D. Juan Antonio Zubillaga
	D. Ariosto D. González

Consejo Fiscal

Escribano D. Juan Varese, D. Carlos María Princivalle
y D. Julio Casal

La muerte de don Carlos Martínez Vigil, acaecida súbitamente el 14 de octubre de 1949, constituyó para la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay, que él había fundado, y dirigido desde su origen, un quebranto vitalísimo; no sólo por lo que en sí semejante pérdida entrañaba, sino porque se tenía tal confianza en las excelencias de su espíritu, en su capacidad de trabajo y en su honradez que cuantos figuraban como sus colaboradores lo eran en forma puramente nominal, sin otro compromiso que el de llenar fórmulas estatutarias. Toda la importante obra realizada por esta Sociedad en el campo de la educación debe ser, pues, atribuida casi exclusivamente al gran lingüista que la presidiera.

Por eso mismo, aquellos que conocíamos el amor y los sacrificios de todo orden que don Carlos Martínez Vigil había gastado en sostener esta Institución y afamarla, sentimos la responsabilidad de proseguir su obra, en la certeza de que no hallaríamos mejor modo de mostrar nuestra fidelidad al insigne maestro y camarada desaparecido.

Inicia la Sociedad de Hombres de Letras su segundo ciclo con este tomo que corresponde al IX de los que ha editado en cumplimiento de su fin peimordial que, como es notorio, es el de hacer conocer — por las nuevas generaciones — los grandes valores literarios compatriotas de las que nos precedieron, muchos de los cuales han sido injustamente olvidados.

Reúnen estas páginas una serie de artículos de Juan Carlos Gómez — figura prócer del romanticismo sudamericano — que pueden considerarse prácticamente inéditos para el Uruguay, por cuanto se publicaron en diarios y revistas extranjeros y nunca fueron difundidos entre nosotros.

Debemos añadir, para terminar, que estos artículos fueron seleccionados por el doctor don Carlos Martínez Vigil y estaban prontos para ser dados a la imprenta en el momento de fallecer. Representa, pues, su último tributo a la Sociedad que fundara con idealismo tan altruísta como constante.

(*) En ejercicio de la presidencia por licencia del titular.

JUAN CARLOS GOMEZ

Juan Carlos Gómez fué uno de los más notables escritores políticos del Río de la Plata. Como si este escenario fuese pequeño para él, fué a buscar y halló también en Chile la consagración de su talento literario. La prensa de las tres naciones australes de América lo reconoció como uno de los más preclaros maestros. Acaso ningún periodista de estos países escribió con más brillo y al mismo tiempo con mayor fuerza dialéctica y mayor autoridad moral. Con él se dió el extraño espectáculo, hemos dicho en uno de nuestros libros, de que un proscrito sin fortuna, sin influencia personal, sin más fuerza que sus ideas y sin más armas que su soberano talento y la forma subyugante de su palabra hablada y escrita, ejerciera sobre las sociedades del Plata un magisterio sin ejemplo. No es aventurado decir que a él se debe la creación de un nuevo género periodístico: la epístola política. Al menos fué él quien le dió aquí jerarquía y valor literario. Con libertad de tema y de digresión y sin el ajustado espacio del editorial, estas cartas abrieron al autor amplios horizontes. Política, literatura, filosofía, historia, de todo puso en ellas; pero, sobre todo, puso el apasionado subjetivismo y el vibrante acento autobiográfico.

co que hacen de estas cartas preciosos documentos. La que hoy publicamos es, acaso, la primera de sus grandes cartas, las cuales, desde entonces, periódicamente aparecieron en la prensa del Río de la Plata y conmovieron y apasionaron a la opinión pública. Esta se refiere al célebre Manifiesto de 1855 de don Andrés Lamas, documento que constituye un verdadero episodio de la historia política e internacional del Uruguay que ha sido estudiado eruditamente por el señor Ariosto D. González en un libro reciente. El autor de la carta la escribió en Río de Janeiro conjuntamente con otra que dirigió a don Andrés Lamas. "El Nacional", de Montevideo, la insertó en sus columnas. Prosiguió entre tanto aquél su peregrinación por mares y tierras. Nacido en el año 1820 en Montevideo, había conocido ya el destierro de Chile. La gloria literaria le había sonreído; pero el hado adverso, luego de breve pasaje por el Parlamento de 1852 y el gobierno provisional de 1853, lo había llevado al Brasil, de donde se dirigió a Europa para regresar a la patria y ser desterrado en 1857 para ya no volver más a ella. Sus campañas periodísticas de la proscripción fué cuanto pudo dar este hombre a su país. Murió en el ostracismo en 1882 y sus cenizas fueron reclamadas en 1905 y depositadas con honores máximos en el Panteón Nacional. Poeta, orador, escritor, periodista, hombre de Estado, modelo de carácter, acaso no hubo en el Río de la Plata ciudadano que concitara más encontrados sentimientos, pero tampoco lo hubo que gozara de mayor autoidad moral.

Raúl MONTEIRO BUSTAMANTE.

("Revista Nacional". Año I — setiembre 1938 — N.º 9).

INTRODUCCION AL CURSO DE FILOSOFIA DEL DERECHO

Mis jóvenes amigos:

Anhelaba encontrarme entre vosotros.

La juventud es contagiosa: su ardoroso contacto vivifica y rejuvenece. Los viejos eifran en ellos esas nobles esperanzas que levantan el alma de las abrumantes decepciones del presente a las consoladoras visiones del porvenir.

Vamos a emprender un largo viaje por las altas regiones del pensamiento humano; y, si en la comunicación diaria de ideas y de sentimientos de los compañeros de viaje, consigo merecer esas simpatías que perpetúan la tradición del maestro, quedaré satisfecho de mí mismo, porque no dura en este mundo sino lo que es verdadero y lo que es bueno.

Desgraciadamente, la crueldad de los años me veda esas legítimas seducciones con que nos apoderamos de las almas.

Place a la juventud la brillantez de la concepción, el engalanamiento de la frase, el timbre sonoro, esas inflexiones musicales de la palabra que, por decirlo así, estampan la idea en el fondo del alma como una imagen, con el embelleso y la perennidad del recuerdo.

Yo vengo a vosotros con la imaginación descolorida, la voz apagada y ese hastío de los ornamentos del estilo que, según un pensador moderno, Renán, es una prueba de since-

ridad, pero que puede ser también el desdén del pobre por las riquezas, el desdén del zorro por las uvas que encontraba verdes.

Tenemos que explicarnos los caracteres esenciales del orden social, los orígenes y fundamentos de la ley, del Estado, de la libertad y de la justicia.

El fin del derecho va a obligarnos en este estudio a penetrar en los autros oscuros de la sociedad moderna con la antorcha del ideal en la mano.

Yo vengo a vosotros con el alma entristecida por el espectáculo que presentan los pueblos civilizados en la actualidad. En ninguna época de la historia la humanidad ha presentado una faz más triste y más desconsoladora.

Largas y dolorosas han sido las pruebas por que la humanidad ha pasado. Guerras seculares, guerras de religiones, de civilizaciones, de clases, de sistemas han hecho de la tierra un gran campo de batalla.

Cuando abrimos las páginas de la historia, no podemos menos de exclamar con el poeta latino: *Sunt lacryma rerum*. "Estas páginas lloran!"

Parece que la humanidad exhalara un largo quejido que llega hasta nosotros.

Entre tanto, era entonces una verdad la afirmación de Hegel: "La guerra no es otra cosa que un campo sangriento de ideas!" Y en esa dolorosa jornada de la humanidad había algo grande, algo que levantaba el corazón, algo que salvaba la dignidad humana, algo que hacía confiar en los destinos del universo: ese algo era el ideal que conducía a los hombres; era el ideal que impulsaba a los pueblos; los pueblos se batían por la libertad, los hombres morían por el derecho!

Merced a esos esfuerzos, a esas conquistas logradas con tantos sacrificios, con tanta sangre derramada, con tantas lágrimas que han humedecido la tierra, los tiempos modernos presentan un espectáculo diverso.

En la actualidad de la civilización, el derecho parece haber conquistado su puesto y crecido en proporción de lo que se imagina empequeñecía la fuerza. Los pueblos se rigen hoy por constituciones populares.

Sus relaciones privadas están determinadas por códigos largamente estudiados en que se han incluido las más adelantadas ideas y los resultados de la experiencia. Ninguna usurpación, ninguna rebelión, por injusta y por inicua que fuese, se atrevería a levantarse hoy en nombre de un interés o en nombre de una personalidad.

Todos despliegan la bandera del derecho. En nombre del derecho se usurpa; en nombre del derecho se oprime.

Las relaciones privadas, las perfidias del fraude, las arterías del dolo, los abusos de oposición se amparan en las doctrinas del derecho. Todos invocan el derecho y la justicia.

Parece, pues, que los pueblos, como los cardenales de Roma, pueden decir hoy: *Papam virum habemus!* Tenemos el árbitro infalible y el paladín invulnerable: nadie puede conducirnos hoy a su antojo a la desgracia y el dolor. Hay el derecho que nos salva, que nos escuda. Tenemos el regulador supremo, que un pueblo ha sabido convertir en un lema soberbio: "Dios y mi derecho".

Parece, pues, una realidad el derecho que todos proclaman y que todos enaltecen. Sin embargo, nada es menos cierto: lo que hacía decir a uno de los más ilustres de nuestros contemporáneos, el doctor López: "El mal de nuestra época es la mentira".

No quiero penetrar en el examen de nuestra propia actualidad, porque quiero prescindir completamente y que prescindamos en este estudio de alusiones políticas; pero vosotros comprendéis que lo mejor que de nuestra actualidad puede decirse, es que nuestras garantías y nuestros derechos dependen absolutamente de la voluntad de los que nos gobiernan. Y si tenemos un gobernante bueno, gozaremos de toda clase de libertades; si un gobernante malo, seremos víctimas de los abusos del poder y de la brutalidad de la fuerza.

Tendamos la vista en rededor nuestro para que, prescindiendo de las impresiones que nuestros propios intereses ejercen sobre nuestro ánimo, podamos juzgar con más libre criterio de la actualidad de los pueblos.

Tenemos de los americanos los dos que han probado más constancia en el esfuerzo y el sacrificio.

Tenemos al lado nuestro la gloriosa Montevideo, que se batió diez años por la libertad, que dió el ejemplo de una nueva Troya, que ha defendido, con el hambre y con la sed, las libertades públicas. Contemplémosla un momento. ¿Qué espectáculo presenta?

Sin embargo, tiene su Constitución, tiene sus Códigos, y se enseña allí derecho hasta en los cuarteles.

Veamos a Venezuela, la patria gloriosa de Bolívar el Libertador, la que ha dado el ejemplo de abnegación por la libertad. ¿Qué es ella?

En manos de Guzmán Blanco! Vergüenza y oprobio para nuestra raza.

Pasemos a los demás centros de civilización y dejemos a nuestra pobre América, de una civilización todavía embrionaria, que puede decirse con verdad está dando sus primeros pasos en el camino del derecho.

Elijamos al primero, al pueblo que ha servido y sirve de modelo y de guía en la práctica de las instituciones libres, a la vieja Inglaterra. Prescindamos de esas arduas cuestiones que ponen en peligro su existencia: el pauperismo, la Irlanda, las luchas de la aristocracia, y ciñámonos a echar una mirada al camino en que marcha su política.

No voy a hablar por mi propio concepto: voy a invocar el testimonio de sus hombres más notables. Mr. Goschen, uno de los hombres de Estado de Inglaterra, acaba de pronunciar un discurso en Edimburgo, en el cual he leído estas palabras: "De cuarenta años acá, se han producido en Inglaterra cambios considerables en el sentido de una intervención creciente del Estado en los asuntos privativos, en otro tiempo, de la libertad individual.

Aquí actúan tres causas: el despertar de la conciencia general, que se rebela contra los abusos de esa libertad; la necesidad de una nueva división de los poderes públicos en las diversas clases. Y más tarde, Mr. Fawet, miembro del gabinete Gladstone, publicó un opúsculo, demostrando también que acostumbrándose el pueblo a confiar en el Estado y a prescindir de sí mismo —lo que sucede entre nosotros—, son perdidas las condiciones de prosperidad y grandeza de las naciones.

Ellos dicen: hace cuarenta años que nos encaminamos a la pérdida de la libertad; hace cuarenta años que el pueblo se va acostumbrando a confiar en el poder y no a confiar en los efectos del derecho, y la causa de esto es la mala distribución de las riquezas; es decir, la causa es que Inglaterra paga el daño que ha causado con las doctrinas utilitarias con que ha envenenado al mundo.

La humanidad, a su impulso, ha vendido por un plato de

lentejas, como Esaú, sus derechos de primogenitura. La fiebre de riquezas, el sensualismo moderno, la idea del lucro y su ostentación, han hecho mirar en menos los grandes principios de la libertad, los grandes ideales que deben guiar a la humanidad.

Las ciencias en boga, la literatura prevalente, todo nos lleva a desviar del ideal de humanidad. Nos lleva al epicureísmo sensual, que conduce a las sociedades al abismo.

La fealdad moral presentada por el naturalismo en literatura, la adoración servil de la naturaleza, nos hace repugnantes a nosotros mismos, mientras que el bello ideal de las creaciones del arte levanta los corazones y la inteligencia a la concepción de lo bello.

Demostrar esto, fijar las reglas de una verdadera higiene social, "sanificar" el oxígeno de la moral, la sociabilidad organizada por el derecho: tal va a ser el fin práctico de nuestro estudio.

La astronomía, la geología, la física, la química y las demás ciencias naturales, todas nos ensordecen con la misma sonata: todo es materia. ¿Y el alma humana? No es más que una agregación de átomos brillantes, como decía la filosofía antigua.

La literatura, en seguimiento de la ciencia, lanza su naturalismo a echar por tierra las viejas tradiciones de la filosofía del arte, que nos decía: "La verdad del arte es más verdadera que la verdad de la naturaleza; la perfección moral es la más cumplida expresión de la belleza".

Eva, el tipo poético de Eva, el *alma máter* de la humanidad, no es la Eva primitiva: es la creación del arte, la creación de la belleza humana, la perfección definitiva.

El arte concibe la perfección que debe existir, mientras

que la naturaleza no nos presenta más que las fuerzas rudimentarias que la esbozan.

La mujer primitiva que he puesto por ejemplo debía ser como una de las indias vulgares de la pampa, la hija de una mona, si creemos a Darwin, mientras que la madre del género humano, creada por el arte, es el prototipo de la imagen de la divinidad.

El ideal del arte había puesto algo que nos ennoblecía, mientras que en la copia de la naturaleza hay algo que rebaja y degrada.

Ciencia, literatura, todo nos separa del ideal; todo nos lleva en el día a la conciencia material de las cosas, al sentimiento efímero de nosotros mismos, a la poca estimación de sí propio, a considerarnos como meras producciones de las fuerzas en pugna.

Que tenemos una vida efímera, que debemos aprovechar del momento presente y que debemos el día bueno meterlo en casa y dejar que el globo corra; a esto se reduce, en la última expresión, la moral de nuestra época; a esto, traducida a un lenguaje vulgar, la última palabra de la filosofía. Las sociedades humanas, ya vengan o se funden en el consentimiento, como pretende Rousseau en el "Contrato social"; bien sean la obra de la comprensión, son siempre verdaderos organismos con su voluntad y sus pasiones, su genio propio, su personalidad, su alma, y, como todo organismo, vive de la atmósfera que lo rodea. Y este otro fenómeno se presenta, tanto en el orden físico como en el orden moral. No solamente hay una atmósfera local para los pueblos, sino también una atmósfera universal.

Si el cólera y la fiebre amarilla vienen de las regiones del Asia o de las "paludosas" tierras de la India, la atmós-

fera universal puede traernos estas epidemias. Esto mismo viene a efectuarse en las sociedades humanas. Vivimos no solamente envenenados por los miasmas de nuestra propia atmósfera, sino por los de la atmósfera universal.

Es un hecho muy fácil de verificar. Abrid cualquiera época de la historia, y encontraréis producidos en los diversos pueblos, bajo esa influencia, unos mismos hechos, unos mismos cambios, manifestados en unas mismas formas.

Ignacio de Loyola es contemporáneo de Felipe II en España, del Duque de Alba en Flandes, de Catalina de Médicis en Francia, de María la sanguinaria en Inglaterra, de Gregorio XIII en Italia. La atmósfera universal de la época los vacía en un molde.

Recorred cualquier otra época: el Renacimiento, la Reforma; siempre encontraréis la misma unidad de los tiempos.

En el día, Perú y Francia caen por las mismas causas; por las mismas razones sucumben del mismo vergonzoso modo.

Alemania y Chile, sin Bismarek ni Moltke, ostentan el mismo abuso de la fuerza, el mismo desborde de la victoria, el mismo *vae victis* de la ferocidad romana. Es que son las influencias de la atmósfera universal; es que la sociabilidad se resiente a lo que pasa en el mundo bajo cierta presión atmosférica de sentimientos y de ideas.

Creo que no necesito demostrar mucho esta triste situación actual de la humanidad.

Creo que está en todas vuestras conciencias la visión de este estado vergonzoso; que todos vosotros sentís las sociedades materializadas y, por decirlo así, contaminadas de un sensualismo que ni siquiera tiene la grandeza del sensualismo romano, sino que tiene algo de empuñecedor.

Creo que todos vosotros comprenderéis que el destino

que ha cabido a la Francia del año 70, y al Perú, amenaza a todas las sociedades modernas en cualquiera de las grandes crisis en que pueden encontrarse envueltas, y que hay algo que amenaza a todos con una verdadera muerte civil.

Sin embargo, en ningún tiempo el derecho ha tenido más apóstoles, los códigos han sido más estudiados; en ningún tiempo el derecho se ha esparecido tanto.

Tenemos, pues, que deducir que la acción de las riquezas producidas por el desarrollo de la Economía Política, que la influencia del derecho difundido por las sociedades por el estudio de las ciencias, de los códigos y de todas las leyes, no bastan para asegurar al hombre social los goces de la felicidad que anhela, las garantías de un destino que persigue.

Algo falta. ¿Qué es, pues?

El derecho no falta; la riqueza no falta; los pueblos son ricos; los pueblos tienen códigos, y, sin embargo, no pueden decir que son libres, que son felices.

¿Qué les falta?, repito. ¿En dónde debemos encontrarlo?

Esto es lo que el estudio debe decirnos. Los estudios deben tener un fin práctico, o no valen nada. El conocimiento del derecho tiene que darnos, por decirlo así, el lábaro con que las sociedades han de salvarse.

Las ciencias naturales, las ciencias positivas, la filosofía moderna nos dejan en el vacío.

¿En dónde vamos a encontrarlo?; ¿en dónde vamos a buscarlo?

Para mí, señores, el resultado de mis reflexiones y el resultado de mi experiencia me dice que ese desiderátum de la humanidad, eso que garantiza el presente, eso que debe

salvar el porvenir de las naciones, es la ley moral: que debemos buscar en esa ley la efectividad del derecho y la seguridad de las sociedades.

Debemos decir a los que hacen la ley y a los que la aplican: vuestras leyes no garantizarán ni consolidarán nada si levantan a los soberbios del fraude y abaten a los humildes del sacrificio.

Vosotros, pues, quedáis con la ley en la mano y dais la razón al fraude y al dolo; vosotros, legisladores, que abris camino a las malas pasiones y a las ambiciones ilegítimas en nombre del derecho, no!; vosotros violáis la ley moral; vosotros hacéis la ruina de las sociedades.

Buckle, en su historia de la civilización de Inglaterra, afirma que la ley ha ejercido muy poca influencia en el progreso de la humanidad, porque estando reducida a preceptos muy simples e inmutables, poco ha podido influir en el desenvolvimiento de la civilización.

Creo que Buckle desconoce absolutamente la naturaleza de la ley moral.

Nada más simple que el oxígeno. Sin embargo, sin el oxígeno nada viviría en el mundo. Entra en todos los elementos de la vida de los seres. Combinado con el azoe nos da el aire que respiramos; combinado con el hidrógeno, nos da el agua que bebemos, y merced a su acción se calienta y circula nuestra sangre.

La moral es el oxígeno que entra en la composición de todos los elementos sociales. Es la que da su autoridad al Derecho; es la que da su nobleza a la Economía Política; es la que levanta el pensamiento humano, la que dignifica la vida, la que salva el decoro de los hombres y la civilización de los pueblos.

Está entrañada en todo; y el día en que este oxígeno desaparece de las sociedades humanas, ese día tienen la muerte, como el día en que desaparece el oxígeno, en el orden físico, para los seres.

Demostrar esto, fijar las reglas de una verdadera higiene social, "sanificar" con el oxígeno de la moral la sociabilidad organizada por el derecho: tal va a ser el fin práctico de nuestro estudio.

He querido deciros, ante todo, cuál es el rumbo que voy a seguir, cuál es la guía que voy a tener y cuál es el fin que me propongo.

EL PERIODISMO

Los deberes que impone la prensa son muy arduos. Al contraerlos es preciso resignarse a los disgustos y sinsabores inherentes a su cumplimiento. Los hemos aceptado conociéndolos.

La publicidad es el único medio que un partido fuera del poder tiene de prevenir la crisis, de evitar los males, de alcanzar justicia por la rigurosa observancia de la ley y por la práctica de una política equitativa y conciliadora.

La publicidad es el escudo que lo defiende ante el país de la calumnia vertida sobre sus actos y de las sospechas suscitadas sobre sus miras.

La publicidad es el talismán con que se extirpan los abusos, se corrigen las desviaciones, se sofocan las pasiones egoístas, se ahuyentan las ideas retrógradas y se estimulan las buenas acciones, los sentimientos generosos y los elevados pensamientos.

¿Cómo emplearla sin lastimar susceptibilidades que a cada paso se crearán heridas con alusiones que no se han tenido en vista?

Por otra parte, faltaría a la primera obligación de la prensa para con el país el periódico que, por huir el cuerpo al compromiso, guardase un silencio complaciente con la prevaricación o el abuso. Centinela avanzada de los intere-

ses públicos, a la prensa no le es permitido cerrar los ojos ante el mal que ve venir a su encuentro.

"The Times", de Londres, fué una vez condenado por la injuria inferida a los autores de un fraude que denunció se tramaba contra el comercio de aquel inmenso emporio. El comercio inglés, salvado por la denuncia del vigilante periódico, le decretó entre tanto un voto de gracias, que en testimonio de su reconocimiento hizo grabar en una plancha de mármol a la entrada de la imprenta. La opinión hizo justicia a la verdad de la denuncia y a la honradez de la intención.

La justificación del periodismo y su influencia en los países libres dependen de dos máximas de conducta, muy fáciles y muy rara vez seguidas:

- 1.° La verdad en los hechos.
- 2.° Sinceridad en las ideas.

Mentir por escrito es tan villana acción como mentir de palabra. La calumnia no deja de ser un delito porque se presente en letras de molde.

Y, sin embargo, ¡cuánto no se han desfigurado los hechos por algunos periódicos de partido! ¡A qué extremo no se han denigrado las intenciones de los hombres más sanos!

El buen sentido del país no está dispuesto a tolerar por más tiempo esa burla de su buena fe, y en adelante no se dejará engañar con cuadros de fantasía.

La realidad es a veces dolorosa; pero es menester ponerla de manifiesto al país para que no se adormezca en la confianza de una alucinación lisonjera.

Verdad, sinceridad, serán nuestros guías en la defensa de los intereses públicos, y el tiempo probará que no hacemos hoy una promesa vana.

("El Orden", 27 de julio de 1853.)

LA CONCILIACION

Carlos V se sorprendía en su retiro, no pudiendo uniformar la marcha de dos relojes, de que él hubiese tenido la pretensión de uniformar la de los hombres. Y Carlos V era una potencia.

¿Cuál de nuestros hombres, sin el genio, sin el poder, sin el prestigio del brillante conquistador cuyos dominios no podía dejar de alumbrar el Sol por un solo momento, osaría prometerse lo que está arriba de las fuerzas humanas?

Querer que en el país no haya más que una opinión, un solo modo de ver las cosas, una manera única de sentir, es querer lo imposible o el mal del país.

Sí, el mal del país, porque sólo la tiranía, y una tiranía de hierro, podría hacer desaparecer las disidencias de ideas y de pasiones, que son el patrimonio de la libertad, su gloria y su triunfo.

Montevideo sería una hermosa ciudad si todas sus casas fueran iguales, construídas según un mismo modelo, elegante y lujoso. Una tiranía podría imponer a los propietarios esa igualdad de edificios, como la impuso en una capital europea un ministro célebre. ¿Y hay un solo oriental que desee ver semejante uniformidad en las ciudades de su patria?

Nó; la fusión, la conciliación, no es el sacrificio de la

libertad, el abandono de la independencia de las opiniones, la abdicación de sí mismo.

La conciliación es la tolerancia que profesa el hombre bien educado para con las ideas divergentes de las suyas; es el respeto que tributa al derecho que los demás tienen de opinar y sentir de distinta manera.

La conciliación es la justicia que hace siempre el hombre de bien a todos los méritos, a todas las buenas intenciones, a todos los intereses legítimos.

La conciliación, como la tolerancia, como la justicia, rechaza el favoritismo, el exclusivismo, el pandillaje, la camarilla.

Es así cómo entendemos la conciliación, dando al César lo que es del César, acatando siempre los buenos principios, aun cuando de ese acatamiento nos venga perjuicio; reconociendo los propios deberes, aun cuando este reconocimiento favorezca los derechos de nuestros adversarios.

No es el espíritu de estas ideas el que ha predominado en la época de que acabamos de salir, y a que ojalá no volvámos nunca!

Los hombres que en tiempos pasados habían defendido una causa y enarbolado una bandera, distintas de la causa y de la bandera que sostuvieron los predominantes, no encontraban justicia a sus intereses o a sus ideas, ni en los Tribunales, ni en la Administración, ni en las Cámaras.

No nos faltará ocasión de demostrar cómo han procedido los Tribunales.

En las Cámaras jamás las razones de la minoría conservadora impidieron ni modificaron uno solo de los proyectos de la mayoría reaccionaria. La fuerza bruta del número ahogaba la voz sincera de la razón. ¡Qué! ¿Es posible que

ni una sola vez acertase la minoría? ¿Es posible que una mayoría de dos o tres votos, a veces de una solo, haya sido siempre infalible, se haya arrogado siempre el privilegio que ni al Papa mismo se le reconoce en la tierra?

En la Administración, los ministros se sucedían arrojados de sus puestos al empuje de la mayoría parlamentaria. Entre los conservadores ¿no había un solo hombre capaz a quien llamar a los consejos del gobierno, al menos por espíritu de conciliación y de tolerancia?... Ninguno era llamado. Entre tanto, la Administración se despeñaba en el abismo de la miseria pública y del descrédito.

¿Era esto fusión, conciliación, deseo de amalgamar los partidos, de extinguirlos?

¿No era más bien engendrar agravios, resucitar antiguos resentimientos, sembrar la irritación a manos llenas?

No recordamos esto por darnos el triste placer de hacer inculpaciones a adversarios políticos a quienes desearíamos no tener ocasión sino de hacer elogios y rendir homenajes. Lo recordamos como experiencia de lo pasado, como lección para lo futuro, para evitar la vuelta a los mismos extravíos.

El poder no ha cambiado de manos. Las Cámaras, los Tribunales están compuestos de las mismas individualidades. En el receso de aquéllas, la Comisión Permanente se presenta integrada por los representantes de las mismas ideas que dominaron en las discusiones. La presencia de los dos ministros conservadores en el gabinete, es apenas un principio de la política de conciliación, que había sido abandonada y que necesita otros actos sucesivos para radicarse de nuevo.

Juzguémonos bien, por Dios! No nos armemos de prepotencias irritantes unos contra otros; no aspiremos a la prepotencia exclusiva de un círculo. Dejemos a la paz y al tiempo que revelen al país quiénes son sus ciudadanos más

meritorios. Empleemos los medios oficiales en asegurar a todos las garantías y derechos de la ley y los intereses y beneficios que la riqueza del país les da y promete; empleemos los medios oficiales en algo más duradero que el efímero predominio de un círculo de hombres. Los medios oficiales vencen a veces, pero no por mucho tiempo, a las exigencias de la opinión pública.

Haciendo justicia a todos los derechos y a todos los intereses, usando de tolerancia con todas las opiniones y todos los sentimientos, haciendo así práctica la conciliación, no haya miedo de que la paz se perturbe y las instituciones peligren.

Dos partidos justos y tolerantes, como dos hombres bien educados, pueden disentir completamente sin temor de llegar a las manos.

Para alcanzar este grado de educación, es preciso que empiece cada uno por reconocer y respetar lo que constituye la seguridad de ambos. Si el uno viola la ley que a ambos escuda, para armar la Guardia Nacional por ejemplo, organizada en guardia de partido con otra violación de la ley, ¿con qué derecho exigirá el otro una ciega obediencia a los mandatos de aquél?

Déjense sofismas y chicanas, con que después del 8 de octubre de 1851 se burló la buena fe de los que anhelaban sinceramente la fusión entonces decantada. Hemos visto ya, con una dolorosa experiencia, su resultado. Seamos hoy francos, porque la franqueza es el primer atributo de la sinceridad. Querer que los partidos no existan, es querer que no exista más que uno.

Existan sí, pero justos en sus actos, tolerantes en sus ideas y generosos en sus pasiones.

(“El Orden”, 30 de julio de 1853).

LA TOLERANCIA

Ciertas palabras necesitan ser bien explicadas y bien comprendidas, porque el error sobre ellas es funesto a la quietud y al adelanto de los países.

Bajo el principio de la tolerancia han tratado siempre de asilarse todas las inmoralidades y todos los crímenes, y si ella pudiera escudarlos, la sociedad se vería despojada de todas sus garantías.

Nó; la tolerancia no tiene esa latitud espantosa. Su fin es moral y patriótico, y no puede patrocinar lo que trae la desmoralización o la ruina de la patria.

Por nuestra parte, no admitimos la tolerancia para con la violación de las leyes. La ley es la garantía de todos. Privar a un ciudadano o a varios ciudadanos de la garantía de la ley, es colocarlos en la necesidad de garantizarse a sí mismos, en el caso de la defensa propia, en la probabilidad de tener que violar a su vez la ley que ya no lo protege. Si la infracción de la ley es un delito en los particulares, lo es doble, inmensamente mayor en los encargados de hacer efectiva esa garantía, porque son ellos los que engendran el desorden y ponen a la sociedad y a los ciudadanos en alarma.

Seremos intolerantes con los magistrados o los gobernantes que infrinjan las leyes, llámense ellos presidentes, ministros, jueces o representantes. Nada en una república

debe sobreponerse a la ley, que es el pacto bajo el cual todos se obligan a vivir en paz, porque asegura el sosiego y el bienestar de todos.

La ley es violada de muy distintas maneras. La Asamblea, por ejemplo, puede violar la ley con otra ley, y la nuestra ha presentado en este período algunos ejemplos de estas violaciones. La Asamblea no es omnipotente; no puede dictar todas las leyes bien le plazcan: tiene que someterse, que obedecer a la Constitución de la República. Cualquiera ley que diete contraria a la Constitución es nula, porque la Constitución tiene el privilegio de derogar no sólo las leyes anteriores, sino las posteriores que se le oponen. Así, la ley que nombra una Comisión de la Asamblea para administrar la Caja de Amortización, es nula, porque es opuesta a la Constitución, y el Ejecutivo puede y debe dejar de darle cumplimiento.

* La tolerancia con el abuso, con la prevaricación, con la inmoralidad, es la complicidad. En vez de ser una virtud, es un delito.

La tolerancia que es hermosa y digna en política, la que hace honor a los países, a los partidos y a los hombres que la practican, es la tolerancia para con las opiniones divergentes, para con las ideas opuestas, para con los errores sinceros.

La horrible máxima del califa Omar: "el que no está conmigo es mi enemigo", que por desgracia de América ha tenido en ella muchos sectarios, es la condenación a muerte de todo progreso y de todo derecho.

A veces un solo hombre tiene razón contra la humanidad entera. La tierra se movía bajo los pies de los verdugos de Galileo, cuando lo condenaban por sostener que era la tierra, y no el sol, quien se movía, y los siglos han probado si Galileo tenía razón contra el universo.

Doce apóstoles perseguidos y escarnecidos por todas las naciones, acabaron por dar al mundo la doctrina cristiana, y las inmolaciones homicidas de cristianos no salvaron del olvido las ideas de los gentiles, que eran la gran mayoría de todos los pueblos entonces conocidos.

De estos hechos, que podrían citarse a centenares, ha nacido el hermoso principio de la tolerancia, que no es más que el respeto por las ideas que juzgamos erróneas y que puede demostrar el tiempo que son las más acertadas.

Quererlas anonadar con la fuerza, con la persecución y el tormento, es un acto de semibarbarie.

Distingamos en la tolerancia la parte del error, de la que pertenece al cálculo mal intencionado.

En esta distinción, que parece difícil, la conciencia pública no se engaña. Esta, en sus juicios inapelables, aprecia con una sorprendente exactitud las intenciones de los hombres, y honra a los que sacrifican el propio interés al general, y tilda a los que posponen los intereses permanentes de la nación a los precarios de personalidades o de círculos.

Dejemos a la opinión, a la conciencia pública esas apreciaciones; pero a la vez que nos mostramos tolerantes con todo lo que aparece revestido del carácter del error, guardémosnos bien de hacernos cómplices de lo que traiga el sello del abuso.

("El Orden", de 1.º y 2 de agosto de 1853).

LA VIDA DE JESUS

El estrepitoso libro de Mr. Renán ha sido para mí un amigo de palabra afectuosa y de lúcida imaginación, que me ha llevado por los sitios de los estudios de mis años juveniles, mostrándome las escenas que yo conocía, con un colorido que me las hacía aparecer nuevas, y evocando delante de mis pasos, como creaciones recientes, las imágenes de aquellos tiempos, en que seguía con el corazón y el pensamiento al Divino Maestro por las orillas del Jordán o del Cedrón, forjándome con la mente encantada, paisajes o cuadros sombríos de la risueña Galilea o de la adusta Jerusalén.

El poeta nada deja que desear; no olvida ni el jardín sombreado por los granados y limoneros, las claras fuentes y los fugaces arroyos, a cuya orilla venían a jugar en el césped las tórtolas y los mirlos azules, y a lo lejos las armoniosas montañas inspiradoras de altos pensamientos, las elevadas llanuras, el mar, el cielo, en el fondo del paisaje, como símbolo cierto de un mundo invisible y de una vida infinita.

En medio de este cuadro, que ningún pintor desdeñaría, pasea Renán la gran figura de Jesús, soñando la Redención del Género Humano, inspirado por la más elevada conciencia de la divinidad que haya existido.

Pero terminado el libro, emancipada la mente de las seducciones de un estilo en que parecen oírse vibrar a un

tiempo las cuerdas de la lira griega y del arpa hebrea, en un idilio y un salmo, no he podido menos de preguntarme — ¡y nada más que esto era Jesús, nada más que un gran soñador, dotado de una inmensa originalidad, de una ternura suprema, poseído de una idea fija, que sacrifica el ensueño de su alma — el reino de Dios, — patria, familia, vida, y sube con la cruz sobre los hombros hasta el Calvario para abrir a sus discípulos las puertas del prometido Paraíso, con el más tremendo martirio?

Francamente, y dejando a los teólogos la cuestión de la divinidad, colocándome en el terreno de Mr. Ernesto Renán, contemplando al Hombre-Dios en su faz humana, la idea que tengo de Jesús desde la edad en que yo estudiaba y me esforcé en darme cuenta de su personalidad y de su misión, deja muy abajo al santo visionario y al inspirado profeta de monsieur Renán.

El pasado tiene la gran ventaja de darnos en los resultados la medida exacta de las situaciones y de las épocas. No cabe el error sobre los hechos, cuando la demostración del tiempo ha venido a patentizar la verdad.

Abro la historia; sigo paso a paso la marcha del Cristianismo, y acabo por verlo en lucha brazo a brazo y cuerpo a cuerpo con el colosal imperio romano.

Veo a las dos potencias que se presentan frente a frente a disputarse al mundo, desplegar franca y significativamente sus respectivas banderas y arrastrar al combate sin engaño a sus campeones con la perfecta conciencia de lo que iban a sostener y hacer triunfar con su sangre.

Constantino suprime la insignia romana, borra de su pendón el *senatus populus que romanus*, el símbolo de la gran personalidad de Roma, y alza por bandera el lábaro con la Cruz y el *Jesús Nazareno Rey de los Judíos*.

Ahí tenemos de pie a los dos gigantes, al mundo antiguo y al mundo nuevo, disputándose el imperio de la tierra, y el *Senado y pueblo romano* quedan enterrados en el polvo de Chrysolpolis por el *Jesús Nazareno*, por la idea entronizada en el martirio del Gólgota.

El imperio del mundo pasa de Roma al Cristianismo, convertido en poder, que lleva a Oriente la capital del mundo, y abandona a los bárbaros el cadáver de la Eterna Roma para que lo despedacen y se disuelva.

Este es el resultado histórico.

¿No lo presintió Roma?

¿No lo adivinó Jesús?

La historia, atentamente estudiada, nos revela que uno y otro tuvieron una intuición del porvenir, acaso vaga e indeterminada, como son a veces las intuiciones de los grandes sucesos, de una gran misión, de una gran catástrofe.

El Oriente preocupaba a Roma.

Y en el Oriente había llamado la atención del poder romano la indómita energía de la Judea, esa poderosa virilidad, que bastaría para evidenciar la tremenda lucha de Macabeo contra la dominación extranjera, que jamás aceptó y siempre resistió la Judea.

Pompeyo, el gran Pompeyo, más político que militar, genuino representante de la vieja Roma, de la Roma del Patriado y de la Tradición, que César, paladín de la Democracia, debía empezar a zarpar con su tropel de Galos; Pompeyo, sin duda inquieto ya por su Roma, comandando la Guerra de Oriente, conociendo allí los sucesos y los pueblos, tienen sin duda un presentimiento de la Judea, y se lanza sobre Jerusalén con sus invencibles legiones, lo sitia, y lo toma, penetrando el primero en las sagradas murallas el hijo del célebre dictador Sylla, para mayor significación



de la lucha, y se apercibe en Jerusalén de la imposibilidad de reducir a Provincia Romana al Pueblo de los Macabeos, sin retacearlo primero y deshacer su poderosa personalidad.

Augusto, este dualismo político, heredero a la vez de la tradición de Pompeyo y de la tradición de César, fusión intermedia, para dar tiempo a la llegada de Tiberio, Calígula y Nerón, continuadores de la obra de Farsalia; Augusto, recoge los frutos de la política de Pompeyo en la Judea y la declara Provincia Romana, suprimiendo su nacionalidad, precisamente en los momentos en que nacía Jesús; significativa coincidencia histórica!

Luego, la Judea obliga a Roma a mandar allí sus primeros hombres de política y de guerra.

Vespaciano, el primer general de su tiempo, y el primer político, debía volver de Judea, emperador del mundo, y Vespaciano envía después a su hijo Tito para recibir allí la consagración del Imperio, pues el destino parecía señalar a Roma que su abdicación empezaba, ante la idea de que Jerusalén era la patria.

Estos notables hechos históricos que manifiestan la intuición o presentimiento de Roma, han escapado a la perspicacia del Profesor de la Sorbona, extasiado en el idilio de la graciosa Nazaret y en la belleza del carácter moral de Jesús, que impresiona tan vivamente su imaginación de poeta, que no le permite ver al colosal demolidor de un mundo.

¿Tuvo Jesús, como Roma, la intuición, el presentimiento, la conciencia de su misión?

Por lo que a mí hace, estoy de ello convencido.

Jesús no podía ignorar la historia de su país, sus grandes y heroicas luchas, sus duras y terribles pruebas. En sus mismos días se resistía al Imperio Romano con la guerra y con el martirio. El mismo Pilatos que lo crucificó, tuvo

que retirar las Aguilas Romanas a Cesárea, porque habiendo mandado tomar las armas a sus tropas para hacerlas acatar, los judíos, en la imposibilidad de resistirlo, presentaron a sus soldados los pechos desnudos, gritando que los matasen pero que no acatarían las Aguilas de Roma.

Jesús no podía ignorar lo que era el poder romano, pues lo estaba viendo y palpando en su propia patria, y no puede admitirse que un hombre de alta inteligencia, y de gran corazón, como Renán y todo el mundo como él, ven que Jesús sea tan indiferente a las desgracias de su patria, para negar atención a sus causas y llegar hasta no saber lo que pasa en derredor suyo.

Toda dominación extranjera supone la alianza de un partido interno que se le plega, y establece con ella cierta comunidad de intereses, aunque haya siempre puntos de divergencia, que ceden a las ventajas de esa comunidad. Vemos en la Judea a los fariseos unidos a los romanos para crucificar a Jesús. Vemos al poder romano, dejando a los fariseos la dominación teocrática, aunque afectaba en ciertos puntos a la potestad civil de que se había apoderado Roma.

Es indudable que la predicación de Jesús hería en el corazón al poder de Roma y al poder de los fariseos. Que hería al poder de los fariseos, lo prueba la exigencia de su crucifixión que ellos pedían a gritos. Que hería el poder de Roma, lo prueban las hecatombes de cristianos hechas por los Emperadores Romanos desde los primeros apóstoles del Cristianismo, y la misma tartufería de Pilatos, que deja llevar a la muerte al Justo, porque convenía al poder de los fariseos y al suyo, pero se lava las manos, por no concitar contra sí la inmensa popularidad de Jesús, y echar sobre sus aliados lo odioso del crimen.

Jesús era un hombre inmensamente popular en toda la Ju-

dea. No necesito más prueba de ello que el hecho de no haberse atrevido los romanos y los fariseos prenderlo públicamente en las calles, y haber necesitado sobornar a Judas, espiarlo en las tinieblas y sorprenderlo en un huerto. Después de prenderlo, necesitaron desprestigiarlo, vejarlo, humillarlo, para quebrar el ídolo de la multitud, enpequeñecerlo a sus ojos, y apagar por ese medio el entusiasmo del proselitismo. Así proceden siempre todas las tiranías; esto han hecho con todos los grandes hombres que han necesitado anonadar. Si Jesús no fuera popular, los fariseos no hubieran tolerado su predicación en el Templo, ni los publicanos se hubieran dejado arrojar de sus atrios por su indignación.

Estas grandes popularidades no se adquieren en un país sino por el que representa sus grandes principios y sirve sus grandes intereses.

Jesús era, pues, el representante de la independencia, de la libertad, el derecho y de la moral en la Judea, que eran a la vez la independencia, la libertad, el derecho y la moral en el mundo.

Genio de altísimas concepciones y voluntad capaz del martirio, superior por tanto a todas las prepotencias de la tierra, era condición de sus extraordinarias facultades la generalización de sus inspiraciones y la universalidad de su doctrina. La revolución que operaba en su país, tenía que ser la revolución del mundo. Los fariseos de la tierra habían encontrado su juez, y el universo tiranizado, su libertador.

O hay que negar el genio de Jesús, como se le niega su divinidad, lo que sería insensatez, o hay que reconocer en el genio lo que es del genio, — la conciencia, al menos, la intuición de su obra.

Las palabras de Jesús me prueban que él tuvo más que la intuición, que tuvo la conciencia de su gran misión. Id, dijo a los apóstoles; esparcid por la tierra mi doctrina. No hubiera ordenado esa propaganda por todo el orbe, si no hubiera tenido la íntima convicción de que era universal la revolución que iniciaba.

Y lo fué. El *Senado* y el *Pueblo Romano*, de las invencibles águilas del Imperio, abdicaron ante el *Jesús Nazareno* del Lábaro.

Ni antes ni después de Jesús, pudo ni podrá haber un hombre de sus colosales dimensiones, porque ni antes ni después de Jesús, hubo ni podrá haber otro Imperio Romano.

El Imperio Romano era el universo convertido en fuerza.

Para vencer el poder del universo convertido en fuerza, era preciso un hombre sobrenatural, un hombre fuera de todas las proporciones de la Humanidad, capaz de reasumir en sí todos los dolores del pasado y todas las esperanzas de los tiempos venideros.

Y Jesús fue ese hombre. Reasumió en sí todos los dolores, con el más grande de los martirios. Reasumió en sí todas las esperanzas, por la moral más sublime que, realizada un día, hará de la tierra el Reino de Dios.

LA MUERTE DE CESAR

No me hubiera atrevido a levantar una voz desautorizada en medio del coro de alabanzas que los próceres de las Letras entonan a la tragedia de D. Ventura de la Vega, si no me lo mandara imperiosamente algo que puede en mí más que el sentimiento del arte, y es el deber del ciudadano de una república y de una democracia. Es permitido ser indiferente al extravío del gusto y esperar tranquilamente del tiempo que el instinto de lo bello, arraigado en el corazón humano, haga justicia a las parcialidades del favor contemporáneo, legando al merecido olvido los himnos endiosados de los poetas laureados de las cortes, y rebuscando entre el polvo de los siglos la menor rima del mendigo Homero o del perseguido Dante. Pero no es dado contemplar con ojo impasible que la poesía corra corra a arrancar del cadáver de César el puñal de Bruto para clavarlo en el seno desnudo de la libertad y se pidan aplausos del liberticidio a los hombres del pueblo del *25 de Mayo de 1810*.

Cúmpleme pues llamar a juicio al que, de haber nacido en ese pueblo, se envanece desde las gradas del trono de Isabel II, con cuyo vasallaje también se honra pedirle cuentas en nombre de la libertad y en nombre del arte, ante la conciencia de los hombres de bien y de los hombres de buen gusto, y preguntarle como uno del pueblo: —Caín, ¿qué has hecho de Abel?

Para el fallo que pido, en la acusación que entablo contra el hijo de Buenos Aires y contra el poeta dramático, no buscaré en Horacio o Boileau los principios y la doctrina del Código; no en Shakespeare o Racine los modelos y los ejemplos de la práctica.

Quiero que don Ventura de la Vega, como el pretor romano, sea juzgado por las mismas leyes que él dicta, y erigido de antemano en juez de sí mismo, no puede tachar la severidad de su propia sentencia.

En su carta al General Mitre inculca en que — “hoy a la poesía se le exige que de ese deleite y de esa conmoción se desprenda algo filosófico, algo trascendental, alguna esperanza para el hombre privado o para el hombre público, para la familia o para la sociedad” — y confiesa que “trata de presentar un *fin moral*, una *lección política*, dirigiéndose más que al corazón, a la inteligencia.”

Declara en su prólogo que “desde luego se impuso la condición de no desnaturalizar la historia, ni en sus hechos ni en los caracteres de sus personajes”. Observaré de paso que esta condición era indispensable, porque sin ella no habría *lección política*.

Revélanos que su proyecto, su *atrevido proyecto* — así lo califica — ha sido levantar de su caída a “la Tragedia, matrona grave, majestuosa, intransigente, que yace todavía revuelta en su manto de púrpura, postrada, vencida, pues si alguno de sus contados amigos, tendiéndole poderosa mano, la hizo valerosamente mostrarse en toda su antigua y hermosa majestad, abandonada de nuevo, volvió a caer en la postración y el desaliento”.

Y, *no sintiéndose con fuerza para el atrevido proyecto*, — indudablemente sin falsa modestia, porque al probarlas no ha podido sentirse las de Corneille, — le alarga sin embargo

la mano para ayudarla a incorporarse, porque *la ama entrañablemente*. El amor suple al genio y la convicción de que vence imposibles, excusa al señor Vega de tentar la resurrección de su Lázaro.

Vuelve en seguida los ojos a la historia, para encontrar, como el gran escultor, su estatua tallada dentro del mármol, y se abraza de César — *Eureka!*

“El hecho históricamente es grande, pero el asunto dramáticamente es pobre, exclama: no hay en él más que una sola situación, y con una sola situación no se puede hacer un drama”. Además, “empresa difícil es hacer una tragedia que tenga vida e interés dramático, impuesta la condición de no desnaturalizar la historia, ni en sus hechos ni en los caracteres!”.

¿Por qué eligió a César?

¿Por qué escoger un hecho pobre? ¿Por qué atarse los brazos con la preferencia de un tema sujeto a condiciones de verdad histórica forzosa? Encadenados así los brazos, ¿qué mano alargaría a la grave matrona, a la angusta tragedia, con su pesado manto de púrpura, en tanta postración y desaliento caída?

Para el *atrevido proyecto* de esa resurrección escénica, máxime *sintiéndose sin fuerzas*, ¿no era más avisado tomar de la opulenta historia un asunto dramáticamente rico, con numerosas situaciones, que lo encumbrasen a la cima de la difícil empresa?

¿Por qué eligió a César?

Porque César es un asunto de actualidad; porque César es un símbolo, una idea, una doctrina, una teoría, en la política del siglo.

Porque César es Luis Napoleón.

Porque Luis Napoleón es en la época la personificación

de lo que representaba en el mundo antiguo César, — salvas las diferencias de los tiempos, — la tiranía personal, con su decoración de gloria militar, de colorido democrático, de barniz de riqueza y lujo en edificios y hábitos.

Por eso, don Ventura de la Vega eligió a César, por la misma razón que Luis Napoleón fabrica una historia de César con los escombros de las excavaciones que hace en Roma a costa de Francia, por la misma razón que sus opositores se le anticiparon multiplicando las historias de Roma y César desde Ampère y Lamartine hasta el decidor Dumas, con su "*César en mangas de camisa*" (*en robe de chambre*).

Grave responsabilidad asumía el autor dramático dando la preferencia al asunto de César, palpitante de actualidad y escaso de situaciones, para dar una lección política y volver a la tragedia su esplendor perdido. Shakespeare lo había tratado como genio; Voltaire y Alfieri como patriotas. Sobrepujar al uno en ayuda del arte, y hacer olvidar a los otros en servicio de la libertad, era un noble empeño en que el señor Vega podría haber sucumbido con gloria, y por cuya derrota el poeta tendría derecho a reclamar el premio de *honor al vencido* de los héroes sudamericanos.

Pero, ay! D. Ventura de la Vega se enamoró de César, tal vez en los salones de las Tullerías. César es en su opinión y en su tragedia "el verdadero representante del progreso social, el que quería abolir la tiranía de la ciudad, extender el derecho de ciudadanía, hacer a Roma cabeza y "no opresora del mundo, el liberal", el objeto de la veneración y entusiasmo de Bruto, que sin embargo lo asesina!

La tragedia de D. Ventura de la Vega nos prueba que atentar contra un tirano es un crimen, y que en el estado de una sociedad en que los ciudadanos no bajan de la dictadura, como Cincinato, a empuñar el arado, y se afanan por la

acumulación de riquezas, y aman las comodidades, el lujo y el refinamiento de la civilización y de la cultura (la Francia actual, por ejemplo), la libertad es un sueño y derrocar un tirano es un crimen inútil y funesto a la patria, porque sus resultados son una tiranía más pesada y mayores desgracias.

Esta doctrina, proclamada en el prólogo, sancionada por el desenlace, pensamiento fundamental de la tragedia, la expone el Sr. Vega en versos indudablemente bellos:

¡Qué libertad me pides, triste Bruto!
 ¡Qué libertad para tu patria sueñas!
 La que gozaba Roma, cuando iguales
 Todos, y todos pobres, las faenas
 Del campo eran su oficio? Cuando el César,
 Cumplido el año, le segur depuesta,
 Bajaba en paz del alto Capitolio,
 Torbando ufano a manejar la esteva!
 No es ésta aquella Roma, las conquistas
 Vertieron en su seno las riquezas
 del subyugado mundo, y con el oro
 La ponzoña que corre por sus venas?

 Bruto! Desecha
 Tu mentira ilusión; los ojos abre;
 Mira a Roma cual es, y no cual era;
 Y ambos, desde hoy unidos, procuramos,
 Pues libre no ha de ser, que feliz seaa.

No hay esperanza para las naciones, exclamaba Byron, con la rabia de la desesperación — *there is no hope for the nations*— y lo que el bardo británico, que moría sin embargo por la libertad de Grecia, arrancaba la impaciencia de su amor a los pueblos, que contemplaba oprimidos y resignados, D. Ventura de la Vega nos lo repite, leyendo graciosamente sus versos a su amable soberana en el Palacio de Fernando VII.

O pobres, o esclavos — escojan los pueblos en el inflexible dilema de la lección política enseñada por la nueva Melpómene, armada como la antigua, no del puñal de los idus de marzo, sino de la bayoneta del dios de diciembre.

Pero, ni lección queda ya; el futuro está revelado,

pronunciado el fallo por el irrevocable destino — *ineluctabile factó*: los pueblos no pueden ser en adelante pobres; cada día avanzarán en prosperidad, aumentarán su riqueza, llegarán a la opulencia. Luego, el despotismo *personal* de un César que abra anchos bulevares, erija suntuosos Louvres, haga fastuosas exposiciones, y engría las vanidades populares con rendiciones de Pueblos, es el único porvenir de la humanidad:

Pues libre no ha de ser, que feliz sea!

Luis Napoleón ha debido mandar la cruz de la Legión de Honor a D. Ventura de la Vega. Su tragedia es el más cuidado panfleto político en honor de la dictadura personal; el más cuidado, repito, porque el tercer Bonaparte no hallaría razón para acompañar su regalo con el Consejo de Sila al poeta que le presentó sus obras, y que el Sr. Vega atribuye a César.

..... Que no escriba:
Dí a Pitágoras que no nació poeta.

De ahí el *fin moral* de la reciente tragedia, *La Muerte de César* — la justificación del *despotismo*!

He ahí la enseñanza *moral* de la poesía de D. Ventura de la Vega: — el despotismo es una necesidad y una conveniencia, cuando los pueblos llegan a ser ricos, multiplican sus caminos de hierros, sus vapores, sus fábricas, su comercio, engrandecen y embellecen sus ciudades, dan vuelo a su civilización y refinamiento a sus costumbres: el mayor bien a que en tales condiciones pueden aspirar los pueblos, es un déspota con cierta elevación de carácter (nunca puede ser mucha la de los déspotas), y alguna educación de espíritu; y cuando se alcanza tamaño bien, atentar contra semejante déspota es un crimen contra el progreso y el bien de las so-

ciudades, porque tras él sólo vendrían tiranías más pesadas y la disolución de las naciones.

¿Es ésta la lección política de la historia en la catástrofe de César?

Nó, de cierto.

D. Ventura de la Vega nos ha engañado, prometiéndonos no desnaturalizar la historia, ni en sus hechos ni en sus caracteres.

La lección de la historia es severa, y ojalá la aprovechásemos en nuestras democracias en donde algo sucede muy parecido a lo que acontecía en Roma en víspera de perder sus libertades.

En la Historia, el pueblo romano atravesaba una revolución social y política, y en aquellos momentos reaccionaba contra Mario y Sila, de cuyas tiranías acababa de salir, aspiraba a la libertad sin las prescripciones feroces de Sila, y a la democracia sin las atrocidades bárbaras de Mario, y deseaba confiado en la virtud de Cátulo, en la probidad de Catón, en la elocuencia de Cicerón, en la modestia de Pompeyo, que vencedor del mundo, bajaba al rol de sencillo ciudadano, y hasta en el genio de César, que defendía en el Senado los derechos del hombre contra el mismo Catón en la ley de condenación de los Catilinares, y se hacía el paladín de los derechos del pueblo en la causa de Grecia.

La ciencia económica evidencia hoy que Roma era un pueblo pobre, y D. Ventura de la Vega padece un error en imputar a su riqueza la muerte de su libertad. Porque era pobre, se convertían en armas políticas las leyes agrarias, los distribuciones de granos, las prodigalidades de los millonarios. Además de su pobreza, tenía un cáncer en su propio poder, que consistía principalmente en la grandeza y vigor de sus ejércitos, que glorificaban y enriquecía a sus

generales con las conquistas de reinos y el caudaloso botín de los vencidos.

En estas condiciones de existencia, y en aquella situación política, —la reacción contra Sila y Mario,— la lucha entre el espíritu de libertad y democracia del pueblo, y las ambiciones nacidas de la gloria y de la riqueza militar, era forzosa: de ella podía nacer el triunfo de la libertad o su caída; pero siempre saldría un progreso, porque la Providencia quiere que mucho deban siempre los pueblos a las tormentas de la guerra civil, y los campos a las tempestades de la atmósfera. *Multum Roma tamen debet civilibus armis*, exclamaba Lucano bajo Nerón, después de Tiberio y de Calígula.

En esta situación, tres hombres a quienes el pueblo había levantado como representantes de sus derechos y de sus intereses, conspiraban, cada uno por su cuenta, para arrebatárle su soberanía: Pompeyo, César, Craso, los tres caudillos de todo el poder militar de Roma. Nosotros conocemos en las democracias esas defecciones de los representantes del pueblo, esa traición a la confianza popular, esa renegación de los propios antecedentes en los hombres públicos; sabemos por dolorosa experiencia lo violento de las situaciones que crean lo profundo de la perturbación que causan en la sociedad, y la ofuscación que producen en los espíritus más claros y en los corazones más sanos, al extremo de perder el derrotero del bien las mejores intenciones, y extraviarse en los caminos que al mal conducen. El General Urquiza ciñe al pueblo de Buenos Aires el cintillo rojo al otro día de Caseros, y el General Mitre paga el empréstito Buschental con el peculio de los vencedores de Pavón, humeando todavía la sangre no oreada de las víctimas del plomo comprado con esos treinta dineros,

Los tres generales, Pompeyo, César, Craso, forman una liga contra la soberanía popular de Roma. Comprométense, bajo juramento, a sostenerse con todo el poder de sus influencias, de sus fortunas y de sus armas. No estaba pues tan muerto el espíritu de libertad de Roma, cuando se veían obligados los dueños de tan vasto poder a ligarse y juramentarse para combatirlo. No estaba, pues, tan prostituída Roma, como lo ha repetido hasta el cansancio la falta de meditación de los historiadores, que sólo vacilase en la designación del nombre del amo. El poderoso Triunvirato inicia la lucha con la candidatura de César y Lucio para el Consulado, y es vencido en la candidatura de Lucio, y elegido por el Partido Republicano Calpurnio, que por desgracia de Roma no era bastante hombre para contrarrestar el genio de César.

Después de las sorprendentes victorias de César sobre el galo, el bretón y el germano, acrecido con la fascinación de su gloria, el poder del triunvirato, César, Pompeyo y Craso, estrechan más el vínculo de su alianza, acordando proponer el Consulado de Craso y Pompeyo. El pueblo lucha todavía enérgicamente, y los comicios son tan tempestuosos y tan vencido se cree el partido de los caudillos, que recurre al conocido medio de diferir la elección y ganar tiempo en que emplear la seducción y la violencia.

Así pugnaba aún el pueblo romano por su ciudadanía contra la prepotencia armada del complot de los caudillos. Esta noble y bella lucha, que no coronó la fortuna, ¿no merecía una palabra de reconocimiento al pueblo muerto, y de estímulo a los pueblos vivos, en boca de un poeta nacido en la República que sufrió a Rozas?

¿Por qué fué vencido el pueblo romano? La respuesta es la verdadera y elocuente lección de la historia.

Fuó vencido porque todo los hombres en quienes confió

defecionaron los principios que únicamente podían salvarlo, unos por egoísmo mal entendido, otros por flaqueza de ánimo, los más por el triste error de imaginarse que es posible vencer al mal, aceptándolo en parte, u oponiendo el mal al mal para herirlo por los mismos filos.

Los prohombres del partido republicano de Roma, en vez de levantar audaz y vigorosamente la soberanía de Roma contra la Dictadura de César, caen de ánimos, siéntense desfallecidos, se abultan la crisis, dudan del poder de la opinión y de la conciencia pública, en presencia de la fuerza militar, del prestigio de la gloria y de la influencia del oro; buscan fuera de su centro un punto de apoyo, y alzan la personalidad de Pompeyo, contra la personalidad de César, suprimiendo de la lucha la grande impersonalidad de la soberanía de Roma. Inmolados los principios, se sacrificó el derecho, se violaron las leyes, se nombró a Pompeyo único Cónsul, se le concedieron facultades extraordinarias, se le garantizó de antemano la irresponsabilidad ante la Ley, la grande elocuencia de Cicerón amparó bajo sus alas a los asesinos de los amigos de César, por Milone, se impuso al pueblo romano la dictadura personal de Pompeyo, con su cortejo de inmoralidades, y el partido republicano se suicidó por la mano de sus representantes, sin excluir al rígido Catón. Entronizada la personalidad, la cuestión quedaba reducida a medir la estatura de las personas, para aceptar tiranos. La personalidad de César era más alta que la de Pompeyo. A César pertenecía la dictadura... ¡Qué enseñanza moral para los Estados y los hombres públicos!... ¡Qué lección política para la tierra en que se mecía la cuna de D. Ventura de la Vega! ¡Qué ejemplo palpitante en un pueblo que horas después de correr en masa a Pavón en defensa de sus libertades, ve a sus estadistas esterilizando su sacrificio y

su triunfo, ocupados en alzar la personalidad de Pompeyo, para que venga detrás la de un César que no se descubre todavía en el horizonte, como no divisaban en Roma la figura del Dictador Perpetuo, escondida mucho tiempo por las selvas seculares de las Galias!

Nada de esto ha visto D. Ventura de la Vega en las páginas eternas de la vida de la que fué señora del mundo. No ha comprendido la historia, o la ha desnaturalizado, ni sospecha la revolución ni la situación de Roma. La pretende opulenta, y era pobre, como se lo patentizaría cualquier estudiante de economía política. La supone enervada y prostituída, cuando sus generales alcanzaban estrepitosas victorias de los más terribles enemigos, y cuando sus ciudadanos ponían a raya en los comicios la prepotencia de una liga de los más formidables caudillos. En pueblos donde tales cosas suceden, sobra vitalidad y energía. No maduran los Césares y los Catones en los pueblos enervados y prostituídos. Allí en donde el mal produce grandes genios y el bien grandes virtudes, allí hay un pueblo viril, capaz de sacrificio como de heroísmo.

En los hechos también es desnaturalizada la historia. Se atribuye a César la iniciativa de extender el derecho de ciudadanía. Este derecho había sido resistido por los dos partidos, el de César y el de Bruto, cuando las ciudades italianas se aliaron para conquistarlo en la ruda crisis que se denominó Guerra Social. Mario y Sila suspendieron sus odios para unir sus fuerzas contra la justa exigencia de Italia, que vencida en los campos de batalla, reportó en la opinión el triunfo de su idea. El mismo Sila, durante su sangrienta dictadura, confirió el rango y derechos de ciudadanía romana a todas las ciudades italianas y a diez mil libertos de Roma. Sila y César no pueden representar a la vez el progreso, por esta razón: porque el uno es la negación del otro. En cuanto a la

abolición de la tiranía de la ciudad de Roma, si es esta una razón de representar el progreso, ninguno tendría más títulos que Nerón para reivindicar esta gloria, puesto que condenó a la hoguera la tiranía de la ciudad, entregando a Roma a las llamas del incendio.

Nerón fué apenas la exageración de César; y si César representa al progreso, Nerón debe representarlo en más vasta escala, porque la exageración del bien, es el bien siempre. Indudablemente César, como Nerón, se apoyó en un elemento de progreso; pero ¿es dado concluir de esta premisa, que era su tiranía personal, y no el elemento por ella absorbido, quien ese bien representaba? Si lo representa, no lo representa, de cierto, como Wáshington.

En la desnaturalización de los hechos, se va hasta atribuir a los personajes propósitos y actos que nunca pasaron por su mente ni señalaron sus pasos, que alteran profundamente los sucesos, y falsifican la lección política que ellos ofrecen. Se imputa a César el propósito de instituir a Bruto primogénito de la dinastía que en fundar se empeñaba, y tras la pretendida paternidad de César y el consiguiente parricidio de Bruto, se escamotea la grande lucha del Senado y del Imperio, del derecho tradicional y el hecho revolucionario, desencarrilados ambos por la violencia de los acontecimientos y la magnitud de los hombres. Se imputa a Bruto tal admiración del genio y tal confianza en la grandeza del César, a la vez que tan profundo desprecio por el pueblo y tan completo alejamiento de la cosa pública, que desaparece de todo punto uno de los dos elementos de esa gran lucha social y política, y rebajada una revolución universal a las raquíneas proporciones de una conspiración de barrio, se quiere hacer ejemplo histórico con la camarilla de una docena de conjurados y unos cuantos esclavos.

Pero, dejemos las escabrosas eminencias de la historia, y descendamos a las amenas llanuras del arte.

No participo de la opinión del Sr. Vega sobre la pobreza dramática de la catástrofe de César.

¿Qué pide la tragedia? Un hecho trágico, caracteres, pasiones, sentimientos, y una idea moral que estereotipar en el corazón de los espectadores.

Don Ventura de la Vega se queja de que la tragedia del Dictador Romano no tenga más que una sola situación. El General Mitre le ha insinuado en su carta que Shakespeare encontró tres y ha podido agregarle que hubiera encontrado una docena si las hubiera necesitado. Con grandes caracteres, grandes pasiones, grandes sentimientos, las situaciones dramáticas se agolpan creadas por los sucesos. La historia no trasmite más que los hechos culminantes. Las mil escenas entre las cuales se desenvuelven tales hechos, en el hogar o en la plaza pública, quedan bajo el polvo de los siglos. El poeta dramático, con ese don de segunda vista que penetra a través de los tiempos, las descubre y las reconstruye como el naturalista un fósil, con algunos huesos que la casualidad le dejara. ¿O necesitaba el Sr. Vega una catástrofe y una víctima en cada escena, para obligarnos a repetir con uno de sus espirituales colegas: el teatro representa un cementerio?

La Muerte de César es la mina más rica que pueda explotar la tragedia. Una revolución de un mundo, —un pueblo sin igual,— caracteres monumentales, —pasiones extremas,— todas las fases de la Humanidad en sucesos y personas, —César, Catón, Antonio, Bruto, Cicerón, Casio,— una esposa como Porcia, una madre hermana de Catón, —una emperatriz en Calpurnia,— una cortesana típica en Cleopatra —ya que se la evoca,— pugna de pasiones y de deberes,

de odios irreconciliables y de fanáticos entusiasmos, —¿qué más quiere el descontentadizo poeta?

Don Ventura de la Vega empieza su tragedia exhibiéndonos desde la primera escena a César, sin preparación alguna de espíritu, suponiendo quizá que los espectadores lo conocemos demasiado, y entre antiguos conocidos las presentaciones son excusadas. ¿Algo —el tacto dramático,— no le aconsejaba reservar un poco esa gran figura de César, para no desprestigiarla con la familiaridad y no destruir el efecto artístico? Antonio lo aborda, exigiéndole un cambio de política, represiones en vez de deferencias con el bando de Pompeyo, que conspira después de perdonado y favorecido. En el lego, que se dirige al prior, no hay más humildad que en el Cónsul, lo que no impide que el dictador lo rechace con descortesía: — *Antonio, me distraes!* — le increpa, y sigue dictando. Antonio debe permanecer en la escena como don Bartolo durante el dictado, y, concluido, es favorecido con el anuncio de que lo llevarán a la guerra del Partho para volverle los bríos.

Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

Antonio, obligado a defenderse del reproche de cobardía, que debió picarlo, le embute a César en los oídos un dítirambo sobre las delicias del banquete, en que no escasean el másico, el falerno, las ostras de Lucrino y las olivas de Tarento: eran todavía desconocidas las trufas.

Francamente, esta primera exhibición de dos grandes caracteres históricos y dramáticos, ni es histórica, ni dramática. César, como todos los tiranos, se complacía en humillar a los hombres que algo valían, aun de su propio partido; pero, los humillaba levantándose él, mostrando todo inferior a su genio y su fortuna, sin descender a la vulgaridad, que

debía repugnar a sus gustos de hombre de letras y seductor de bellezas. Antonio, ambicioso, astuto, contemporizador, ni era cobarde ni servil; se creía el primer general después de César y aspiraba a sucederle en el mando. ¿No aventajaba la tragedia en mostrarlos como eran?

En seguida de una escena inútil, en que viene Lépido a confirmar los recelos de Antonio, se toman en conversación íntima Dictador y Cónsul. El Dictador saca su revancha del dítirambo sobre el banquete, predicando al cónsul una homilía sobre las dulzuras de la paternidad.

Cuéntale sus amores con Servilia, y le confía el proyecto de instituir heredero de su poder al fruto de esos amores, a Bruto, el amnistiado de Farsalia!

La revelación de este gran secreto de Estado, que cambiaría los destinos de Roma, minaría por su base al partido de César, y daría por tierra con las aspiraciones de Antonio. Nada de esto preocupa al Cónsul, nada de esto le impresiona; sólo una cosa le llama la atención, y es que Servilia hubiese tenido flaquezas femeninas!

«¡Con que esa
» La gran Servilia, a cuyo solo nombre
» Nuestras matronas frágiles se aterroran!»

Opongamos al Antonio del primer acto, el Antonio del quinto acto de la misma tragedia.

En el quinto acto, Antonio está en el secreto de la conspiración contra la vida de César; puede salvarlo, pero ha sabido que va a nombrar sucesor a Octavio, y deja que lo maten:

«del secreto
» Único dueño soy! César, espía
» Tu negra ingratitud! Mi rey Octavio!
» ¡Ah! no será mientras Antonio viva!»

Cómo! el mismo Antonio no debió exclamar, aparte si-

quiera, en la confidencia del primer acto, —*Mi rey Bruto!*
¡Ah, César! Yo te haré expiar tu negra ingratitud!

Cómo! César, que conocía a fondo a Antonio, que le leía en el alma ¡hubiera incurrido en la candidez de confiarle el secreto de su sucesión, para arrojarlo al campo de sus enemigos, con todo su valor, porque Antonio valía? La resolución de Casio y Bruto no habría fracasado si Antonio le hubiera prestado mano.

Los dos caracteres de César y Antonio son en la tragedia históricamente falsos, y dramáticamente míseros, desde la primera escena. En toda la obra no hay más que los cuatro versos citados que den a sospechar lo que era Antonio en la Historia, y el partido que la tragedia puede sacar de ese personaje.

César continúa de parada en escena, desfilando ante él los personajes del drama. Está de recepción. Su secretario le anuncia a los poetas Siro y Faberio —*Entren!* Y Cleopatra, de quien refieren los historiadores que César no volvió a verla después de sus amores en Oriente, circunstancia que no señalo para reprochar su aparición, pues el poeta tiene licencia de permitirse anacondismos secundarios si convienen a su propósito, y Cleopatra sería una bella figura en la catástrofe de César, que había olvidado por ella hasta el peligro de sus ambiciones. He aquí todo el rol que desempeña.

Antonio

. ¡Cleopatra!

César

¡Qué importuna!

Antonio

Importuna... y es tan bella!
No así en Alejandría, la juzgaste.

César (a Faberio)

Dile que al Cónsul Marco Antonio ves.

(a Antonio)

Tú la consolarás, que deje a Roma:
El Egipto reclama su presencia:
Dile que del caudillo aventurero
El Dictador del mundo no se acuerda.

Antonio

¡Duro mensaje!

César

El mensajero es hábil.

Un hombre como César no habla así de la única mujer que lo había hecho padre, y a quien había amado hasta el olvido de sí mismo, ni de tal mensaje a un General como Antonio, ni un General como Antonio desciende al rol de paje del Juan Tenorio de la Comedia Española. La escena es de mal gusto; repugna a los sentimientos, aun en un tirano.

El Senado ha venido también a la recepción de César. El Dictador atiende primero a los histriones, rasgo de tirano, bien ideado, pero que ha faltado hacerlo comprender al público con una palabra de indignación de alguno de los senadores que lo marcara. ¡Quién sabe si el autor lo ha sospechado!

Después César, sin oír a los senadores, les extiende unos pergaminos.

César

Esas leyes tomad: que en vuestro nombre
Se publiquen al punto.

Cicerón

¡Y ya aquí puestas
Nuestras firmas están!

Escena falsa, en contradicción con estas palabras de César, respecto del Senado, en el tercer acto, al rechazar la Corona.

César

Júpiter sólo
Puede ser rey de Roma! Si por medio
de la voz del oráculo nos manda
transmitir a otra frente, porque en ello
libre la patria su salud, su gloria,
el triunfo de sus armas, el aliento
de las legiones, júguelo el Senado.
Si él lo decreta, y lo sanciona el pueblo,
obedecerlo juro! si uno y otro
lo rechazan, no importa! Yo contento
a la lid partiré, llevando el nombre
que he llevado hasta aquí. Basta el que tengo.

El respeto que muestra aquí el Dictador por el Senado, se aviene mal con el desprecio de la escena del primer acto. De estas contradicciones e inconsecuencias consigo mismo, está plagada la tragedia de D. Ventura de la Vega. Leyó él en los historiadores que César promulgó alguna vez leyes que los Senadores se sorprendieron de ver sancionadas por ellos sin su conocimiento. Pero esta humillación se dirigía solamente a los mismos Senadores ante su propia conciencia. Exagerando el incidente, virtiendo el desprecio sobre la institución del Senado, es suplantado por un tiranuelo vulgar, el gran tirano, que la revestía de cierto prestigio para decorar con lujo su tiranía, y convertirla a la vez en instrumentos de sus fines. Siempre los verdaderos tiranos han aparentado respeto a las Instituciones que realzan su tiranía. Rozas mantuvo su Sala de Representantes. Luis Napoleón ha restablecido la Asamblea Francesa. El vejamen de los tiranos es siempre a las personas. Anulan las instituciones

quebrando o envileciendo a los hombres que pueden hacer de ellas una verdad, o en quienes las encarna el sentimiento público.

Hay en esta escena otro arranque de tirano mejor concebido, en que César, sin escarnecer la institución del Senado, humilla a los Senadores, alzándose muy arriba de ellos, y es su respuesta a Cicerón cuando le da cuenta de los honores decretados:

César

¡Y para esto se juntó el Senado!
¡Y así malgasta en fútiles tareas
Días preciosos, que aliviar los males
Del triste pueblo consagrar debiera!
Sablas leyes traed, no vanas honras...

Lástima que César concluya su increpación con la futilidad de que acepta el laurel, porque le oculta la calva! Aunque refieren que sintió un gozo pueril por este distintivo, y aunque sus enemigos atribuyeron a esa causa su gozo, no consta que tal fuese el pensamiento de César, y es más digno para la historia, emancipada de las malignidades de partido, y más noble y dramático para la tragedia, pensar que la satisfacción de César venía de que el laurel es símbolo de la gloria militar, que tanto lo engraña y tan brillantemente había merecido.

En la tragedia de D. Ventura de la Vega lucen así por momentos intuiciones dramáticas, pero a renglón seguido destruye su efecto una nimiedad o una inconsecuencia.

Hemos visto a César grosero con Antonio, villano con Cleopatra, vulgar con el Senado. Veámoslo declamador y sofista con Bruto.

Los Senadores le ruegan que admita los honores que por su órgano le han votado los romanos todos:

Bruto

Todos no! Sombra severa
del gran César, convuélte! respiran
dos romanos sán: yo, que a esas muestras
de adulación me opuse en el Senado.

César

¡Quién es el otro!

Bruto

Tú, que los desprecias!

César

Alma romana, ven! — dejadme todos.

Todo esto es puramente declamatorio: hinchazón de esfuerzo por alcanzar el tamaño del toro, frases para arrancar aplausos, como los gritos de los cantores sin voz, que toman por asalto a la sorpresa del auditorio, los que no merecerían de la conciencia y del gusto del público. César y Bruto, más que dos grandes hombres de los últimos días de la República, parecen dos figurones del Bajo Imperio o dos andaluces del barrio de Triana.

Trábase luego discusión entre ambos, hasta el fin de la escena, para persuadir César a Bruto que es tarde para la libertad; que Roma sería infeliz si él abdicase; que en vez de combatirlo, cúmplele apoyarlo. En una palabra, que el tiranicida debe hacerse el brazo derecho de la tiranía, y para convencer Bruto a César de que se engrandecerá renunciando el poder, de que le toca dar el ejemplo de abnegación republicana, de que el tirano debe hacerse el campeón de las libertades: la fábula aquella de los animales en que el lobo renunciase a los sabrosos corderos, y se alimentase de frescas yerbas y tiernos pastos!

Los hombres públicos tienen sus antecedentes, por los cuales son conocidos y valorados. César y Bruto se sabían de memoria, por decirlo así; ni uno ni otro hubiera caído en la majadería de semejante debate, y dos pobres de espíritu, entretenidos en una impertinencia, no pueden despertar interés dramático.

La escena concluye en lo ridículo, hincándose Bruto para implorar de César la libertad de rodillas. Oh! altivez republicana! Oh pudor político! ¿En dónde te escondías de don Ventura de la Vega?

Shakespeare, con su gran tacto dramático, deja sospechar "en Bruto un cierto fondo de admiración y respeto hacia la grandeza de César", que realza el patriotismo en la resolución de ultimarlo. El Bruto de D. Ventura de la Vega es un panegirista por calles y plazas del dictador de su patria. Cara a cara, lo lisonjea con estas ponderaciones:

César! Cuando en los siglos venideros
la historia de tu vida el mundo lea,
tus triunfos increíbles, tus conquistas,
tus hazañas sin cuento, tus proezas
en el Nilo, en el Ehin y el Oceano,
tu gloria, tu fortuna, tu clemencia,
llenarise de asombro...

A Casio hace este retrato del vencedor de Farsalia:

¡Yo le conozco!
César en todo es grande: todo el sello
de su grandeza lleva. En sus conquistas,
en sus hdes del furor, en su destierro,
en sus leyes... ¡Qué más! hasta en su misma
tiranía hay grandeza! ¡Oh, yo aliento
una vaga esperanza en los impulsos
de su elevado espíritu! Su genio
no ama el poder por el poder, no, Casio.
En él la usurpación no es fin, es medio...

Al mismo Casio le protesta que sólo espera la libertad de Roma de un generoso arranque del alma de César, y de ninguna manera de los que lo combaten. Con estas convic-

ciones, y la de que en Roma no había más que dos romanos, él y César, ¿puede haber nada más odioso, más infame-mente aleve, más antidramático que el asesinato de su ídolo? Bruto, en la tragedia del Sr. Vega, es de la talla de Fieschi, y jamás hasta ahora un trágico que respeta el arte, ha puesto el noble puñal de la Musa en manos de los facinerosos.

El poeta trágico es un pintor de historia o de la naturaleza. Tiene que darnos la verdad del retrato, cuya semejanza reconozcamos a la primera mirada, o el tipo de los seres que la naturaleza forma, con las condiciones del rol que juegan, de la misión que desempeñan, y haga repetir a los que lo contemplan, como al ver el retrato de Borgia por Rafael: así debió ser; así han sido todos los de su raza.

¿Quién podría decir del César o del Bruto de D. Ventura de la Vega?: he ahí a César, he ahí a Bruto— Ecce Homo! O bien — Así son los tribunos y los dictadores?

César es a lo más un Luis XVI, y Bruto, sin convicción de partidario, sin fe de patriota, sin pensamiento fijo sobre César ni sobre Roma, matando por el alucinamiento del reflejo de una hoja de acero, *Puñal! Roma lo manda*, — es un tiranicida que el jurado hubiera remitido en Inglaterra a un hospital de alienados.

Es cierto que no todos los pintores son buenos fisiomistas; que algunos, descollando por otras dotes, dan al más hermoso y expresivo rostro, aires vulgares o torvas facciones. No todos los poetas trágicos poseen esa intuición de la verdad moral, o de lo natural dramático, y esa fuerte concepción mental para inventar un personaje o resucitarlo de la historia; pero sus obras compensan al espectador con otras profundas o dulces emociones, de la ausencia de caracteres.

Con la linterna de la más fija atención, he buscado en la tragedia de D. Ventura de la Vega una pasión, un afecto, un sentimiento, algunos acentos del corazón, una impresión de tortura moral o de enternecimiento patético, de esas cuyo vacío no se llena con las combinaciones escénicas, o las galanuras de una frase que se redondea en el oído. Nada!

La pasión tiranicida del Bruto de Shakespeare nace, crece, cobra vigor e intensidad progresivamente en la conciencia del espectador, que acompaña al Tribuno con la emoción en ese duro trabajo mental y moral de su terrible proyecto, y sufre con él las angustias de sus insomnios, que despiertan en su indolente sueño al esclavo, y traen desasosegadas y afligidas la ternura y la entereza de Porcia.

En el Bruto de D. Ventura de la Vega, ni asomos de esa lucha del corazón y del espíritu, de ese quebrantamiento de una fuerte individualidad por una idea. Está muy avenido con la situación de Roma; muy resignado a soportar a César, Servilia lo afirma, y tranquiliza al Dictador sobre este punto:

Ma, al odiar tu usurpación, aun siento
por ese pueblo que a tus pies se arrastra
mayor desprecio, y de su vil contacto,
en los lares domésticos se aparta.

Y como si no bastara el testimonio de la madre, el autor lo hace ratificar por los propios labios de Bruto:

Ah! si algún día vemos restaurada
la libertad en Roma, de él lo espero,
de un generoso arriánque de su alma;
no de vosotros, né!...

Bruto, metido en su casa, nada proyecta, nada piensa; de pronto se le entran por la puerta los conjurados y abre

tamaños ojos de espanto al verse con tanta gente junta. No es broma; he aquí sus palabras:

¡Cuánto es mi asombro al veres! Sois vosotros!
¡Es imposible! tú Casca, para el cargo
de Tribuno por César elegido!
Tú, Atilia Cimbrío, en frecuentar su trato
siempre el primero! Tú, Cornelio Simma,
Pretor por elección, deudo cercano
del Dictador! Y tú ¡mayor asombro!
tú aquí, Cayo Trebanio! tú, nombrado
por César Senador, Cónsul por César!

Y luego Ligario: *¡Tú con nosotros!* — y luego Decio, el depositario de todos los secretos y planes de César — *Decio!!!...*

Grandes conquistas! Tú has hecho, Casio.

No hay más; son muchos los revolucionarios. Dios protege a los malos cuando son más que los buenos. Bruto se decide. Hasta entonces, frío en política, indiferente a Roma, apologista de César, apartado del vil contacto del pueblo en los lares domésticos, le ha bastado ver tantos conjurados para transformarse en un minuto, trepar de un salto al grado supremo de la pasión, tornarse energúmeno, y no satisfacerse ya con el *dulce et decus pro patria mori* de Casio; olfatea la sangre, husmea la víctima, quiere matar: los conjurados tardan en irse para afilar el cuchillo. No exagero, expongo fielmente. Casio termina su alocución a los conjurados con este verso:

Casio quiere morir libre y honrado!

Todos

Todos contigo moriremos, todos!

Bruto

¡Quién habla de morir! Cuando un tirano quiere a Roma humillar, Roma a sus hijos no les manda morir, sino matarlo!

Alea jacta est? No bien ha salido el último de los conjurados que se marchan, y ya el puñal brilla en sus manos:

(Tomando el puñal) ¡Puñal sagrado.
Ven, acérodete aquí!

Y ya no hay Dios que lo contenga!

¡Proceden así las pasiones del corazón humano!

Reprocha don Ventura de la Vega a Voltaire y Alfieri que sus tragedias sobre César pasan entre hombres solos. Tráenos él a Servilia, y es de suponer que la hace salir al proscenio para avivar el interés con lo patético de alguna tocante afección de madre o amante, arrebatada por el vendaval de las pasiones revolucionarias, como una hoja de rosa por el furor de las ráfagas del pampero.

Qué!... desafío a que se señale en todo el rol de Servilia uno de esos tiernos o apasionados movimientos de la exquisita sensibilidad de la mujer, una de esas reminiscencias de lieadas de la amante del pasado, o uno de esos gritos de madre que hacen soltar el niño de la boca del león de Florencia y que Víctor Hugo ha sabido arrancar hasta del alma de Lucrecia Borgia.

El recuerdo de los primeros amores no inspira a la matrona de Roma más que las quejas con que fastidia al pretendido seductor cualquier "griseta" del Cuartel Latino:

Y yo he creído en tu respeto!

Ah! y este premio a nuestro amor guardas.

Si la mujer que te salvó la vida
tiene derecho a demandarte gracia...

La madre de Bruto no se eleva sobre el rastro nivel de esas viejas egoístas que se sobresaltan a la idea de que

otro amor, el de una esposa o el de la patria, venga a des-
prenderles al hijo de la pretina:

«Aquí corre su vida, y yo dichosa
«Gozo el amor que entero me consagra.
«No me arrebatéis el amor de Bruto!»

Compárense estas glaciales vulgaridades con la emoción profunda que la sola presencia de Porcia produce en el drama de Shakespeare. Bruto se levanta agitado por su proyecto de tiranicidio. Porcia lo sigue, lo aborda. Lo acosa con preguntas sobre su salud, sobre su secreto. Esto sólo es ya dramático. Ya el espectador está impresionado por la nube que se cierne sobre ese hogar, por el soplo de revolución que ha penetrado hasta la intimidad del tálamo, por ese sobresalto de familia, por esa inquietud de esposa, tan natural y tan bella.

Venga el más indiferente a oír a esa mujer admirable:

Porcia:

—Bruto, tú tienes algo en el corazón, yo debo saberlo... te lo pido de rodillas! — por mi belleza, que tanto elogias, por los juramentos de amor que me hacías, por ese gran voto que nos ha unido indisolublemente. ¿Por qué estás atribulado?... ¿Por qué han venido esos hombres esta noche? Eran seis o siete... Y se ocultaban el rostro, aunque era de noche.

Ella se ha fijado en que eran seis o siete, en que se ocultaban hasta de la oscuridad. ¿Estos detalles no palpitan de emoción dramática? ¿No muestran a la mujer absorbida totalmente por el peligro del amado de su corazón?

Bruto:

Levántate, Porcia!

Porcia:

Si fueras generoso, no me obligarías a pedirte de ro-

dillas. Es cierto que al unirme a mí no te obligastes a revelarme tu secreto: mi rol se reduce a sentarme a tu mesa, a dividir tu lecho; cuando más, a dirigirte alguna palabra. No soy para tí más que una concubina, Bruto, no soy una esposa!

Bruto

Eres mi esposa, mi idolatrada esposa, por quien daría hasta la última gota de mi sangre!...

Porcia

Si es verdad lo que dices, revélame tu secreto. Soy una mujer, es cierto; pero soy hija de Catón y esposa de Bruto...

Esto es dramático, esto tiene vida, esto palpita, esto revela en el poeta esa ciencia del corazón de que está a cien leguas de distancia D. Ventura de la Vega.

Tan lejos está de esa ciencia de los sentimientos, que nos pone junto a Servilia, como en las comedias de Calderón o Lope, una dueña española, una esclava confidente, con quien discurrir largamente sobre las pasadas liviandades. ¿A dónde ha ido, para el espectador, el pudor y la dignidad de la dama, que al más fugaz recuerdo de su falta se creía ver con la mejilla ruborizada? ¿Hablar de esas cosas, y con una esclava, una señora con alta idea de la virtud y del deber! Si era preciso sujetarla a tamaña tortura, ¿por qué no haber hecho entrar desde luego a César!

En la tragedia de Shakespeare, el pueblo es un personaje más, la multitud tiene vida, acción y movimiento. La pasión anima sus grupos.

Veamos la pasión popular en la tragedia del Sr. Vega. El acto tercero se abre con una escena de pueblo:

Un ciudadano

No me pisos la toga.

Otro

Esclavo, mira
dónde pones los pies...

Esclavo

No dejas trecho.

Ciudadano

Pues no se pasa.

¿Discurren de otra manera nuestros pilluelos, malignamente agrupados en los pórticos de los templos para estorbar el paso? *Eh! no me pises — no se pasa por aquí!* El pueblo es como lo pinta el poeta inglés. Piensa y obra. Humillado por la verdad, juzga a César — *ese César era un tirano!* — Extraviado por la mentira, condena a Bruto — *Fuego a su casa!*

La catástrofe, esa tremenda muerte del César de la historia, baja desnuda de grandeza y de pavor a la tragedia. Dada la puñalada, acude Servilia, y Casio, que no ha tenido tiempo de llegar hasta la esquina de la calle, vuelve con el noticia de que se les vienen encima Lépido, Antonio, Octavio, la caballería, la infantería, el Capitolio, el Monte Aventino, y antes que acabe el cuento caen de las nubes Antonio, proclamando *Roma es nuestra!* y Octavio gritando — *Roma es mía!* — todo, allí delante del cadáver de César, tendido a los pies de la estatua de Pompeyo!

Cuán magnífico desenlace el de la historia! Antonio, Lépido, helados de terror, despojándose de sus insignias, poniéndose en salvo; los ciudadanos encerrados en sus hogares; el Foro desierto; la soledad y el abandono circundando el cadáver del dictador del mundo! Un esclavo tal vez agradecido, —la mano que esparció flores en la tumba

de Nerón, — atravesando receloso el pavor del inmenso vacío, recogiendo el cadáver, sin saber a dónde llevarlo — ¿quién prestaría asilo al cadáver del Tirano?

¡Qué lección política la de tal desenlace!

Pero, D. Ventura de la Vega quería darnos otra lección, y haciendo sobrevivir la tragedia a la catástrofe — ¿qué añadir a Shakespeare! a su Bruto, desafiando al que se creyese ofendido por haber libertado a Roma?, a su Marco Antonio, pidiendo permiso a Bruto por el duelo de César, y amparándose de su recomendación para sublevarle el pueblo?

La verdad dramática no es consultada por el señor Vega ni en el lenguaje. Todos sus personajes hablan de la misma manera. Hasta los esclavos, a quienes bastaría una frase decente y respetuosa, lucen retórica y abundan en imágenes:

La esclava Licia

¡Quién tu casa
no mira como un templo donde el genio
del severo Catón vive en su hermana!
Desde el punto
que, mal tu grado, en las nupciales aras,
fe juraste a un esposo. Etc. ...

Falta también el efecto dramático, o ese color antiguo, ese sabor romano de la poesía de Alfieri, en que se paladea un dejo de las páginas de Tácito.

Apremiado por el espacio, reducido a indicar, recorriendo la obra a vuelo de pájaro, concluiré con una palabra sobre Servilia, la creación de que se jacta el señor Vega, su feliz invención, sin la cual no veía antes posible tragedia.

Siempre he creído que los amores de Servilia y César, son una calumnia que ha transmitido a la historia la malignidad de partido. En nuestras luchas civiles hemos visto cómo la maledicencia política se ensaña en la pureza de la mujer, cuando no puede manchar el honor del hombre.

Hermana de Catón y madre de Bruto, eran más que títulos para merecer los honores de la calumnia política. Lo extraordinario sería que el nombre de Servilia hubiese llegado hasta nosotros incólume.

¿No era más noble, más de hombre de bien y de buen caballero, vindicar de la calumnia histórica a la dama y a la madre?

El corazón así lo mandaba, y el arte hubiera ganado en ello. En vez de una mujer culpable, que sólo se preocupa *del qué dirán*, D. Ventura de la Vega hubiera tenido una santa madre con que congobernarnos.

En vez de la manoseada contraposición del corazón y del honor, Servilia y Porcia ofrecían al poeta una fuente inagotable de emociones, que podían nacer del contraste de caracteres, entre una mujer romana como Porcia, que se hiere para mostrarse superior al dolor, y una tierna Servilia, con la sensibilidad de la madre de la naturaleza. La vida del corazón y la paz del hogar, comprometidas en los cataclismos populares, personificadas así en dos existencias de mujer, puras y sensibles, inmoladas en la pira revolucionaria, ¿cuánto interés no hubieran despertado, siendo así que los padecimientos de la virtud son aún más tocantes en la escena que los arrebatos de la pasión?

En resumen: *La Muerte de César*, sin caracteres y sin pasiones, sin esa interpretación de la naturaleza en hombres, sucesos y afectos, que constituye la esencia del arte dramático, no ha levantado de su postración a la tragedia.

Y como obra de pensador, para una lección, para un *fin moral*, es una mala acción de ciudadano, de que el porvenir ha de tomarle cuenta.

No queda de ella, para consolarnos de la ausencia de la poesía, que canta a la libertad y a la virtud, más que una

versificación, siempre fluida, siempre elegante, siempre armoniosa, como para consolar a Roma de la ausencia de la libertad. Le quedaron los dulces versos de Virgilio, que endiosando a la tiranía, adormecía con la melodía de los mismos ritmos el dolor de la patria tiranizada.

EL PROGRAMA DE LAMAS DE 1855

Río de Janeiro, 11 de agosto de 1855.

Señor D. José María Muñoz.

Montevideo.

El señor don Andrés Lamas acaba de manifestarme haber recibido por el "Camilla", entrado ayer tarde, carta de usted "adhiriendo" plenamente al programa presentado por él en un folleto a sus compatriotas.

Ese programa reposa en dos bases:

- 1.º La influencia, la acción de la política brasilera en nuestros negocios internos;
- 2.º La fusión de los antiguos partidos en uno.

La adhesión de usted puede ser interpretada, ya como la adhesión de todo lo que se ha denominado en Montevideo partido conservador, de que era usted hasta cierto punto una personificación; ya como desengaño de la falta de sinceridad de sus antiguos correligionarios, de la falta de armonía entre sus actos y sus palabras.

¡Podemos, debemos dejar consentidas tales interpretaciones los que, habiendo profesado de antemano todas las nuevas ideas del nuevo programa, hemos combatido esas dos bases, hemos sostenido la imposibilidad de edificar sobre ellas nada sólido, y permanecemos fieles a nuestra antigua bandera?

Nó; cúmprenos patentizar con nuestros actos que hemos sido sinceros, que aún no podemos descubrir error en nuestras convicciones y que no hemos desertado de nuestra hermosa causa.

¿Qué hemos pensado? ¿Cómo hemos procedido?

Hemos pensado que nuestro primer deber era mantener el orden constitucional, no comprometer la paz pública con agitaciones estériles, evitar la guerra civil que engendra el caudillaje y el desquicio, fundar la libertad del sufragio que imposibilita las revoluciones y cimenta el orden, moralizar la administración, fomentar el desarrollo de la riqueza nacional, etc., cuanto nos repite el nuevo programa que usted ha adoptado.

¿Cómo hemos procedido?

Sabe usted que el llamado partido conservador tuvo origen a mediados de 1852, en una reunión en la casa del señor Hordeñana. En esa reunión, el malogrado general Pacheco y Obes propuso la reorganización del partido colorado, reconociendo por única cabeza a su antiguo jefe, el general Rivera. Cúpome el penoso deber de oponerme a nuestro perdido amigo, demostrándole que sería consiguiente la reorganización del partido blanco con su antiguo caudillo a la cabeza, e inevitable la guerra civil. Sabe Ud. que fué unánime el pronunciamiento de nuestros compañeros contra la idea del señor general Pacheco, y se acordó la organización de una sociedad que ajustase su marcha a un programa aceptable por todos los hombres bien intencionados de la República, cualesquiera que fuesen sus antecedentes políticos.

El programa no tuvo una voz en contra.

Esa sociedad no consiguió la conciliación a que aspiraba, pero evitó un mal y dió un resultado: salvar la libertad

del sufragio en la primera lucha electoral que sucedía a la guerra; mostrar que en el terreno constitucional había ancho campo a las aspiraciones de los partidos.

Producidos sus frutos, esa sociedad se encerró en la abstención, huyendo así de una agitación sin objeto.

¿Tiene Ud. algo que reprochar a estos actos a que Ud. concurrió? ¿Fueron ellos o no un servicio a la paz y al orden?

Después, ante la reacción que surgía, el señor general Pacheco y Obes, según su carta enviada al señor Tajés, se decidió lanzarse a las vías de la revolución, confiando poco en nuestro poético programa.

Trabajamos sin cesar por impedirlo. No habrá Ud. olvidado que yo propuse como medio la cisión abierta con los revolucionarios. Estaba casi acordada. Ud. sin embargo, con otro amigo, pasó a casa del señor general Pacheco y Obes, con la mejor intención lo reconozco, a disuadirlo de trabajos que podían traer la revolución. Tampoco habrá Ud. olvidado que yo reproché ese paso.

El 17 de julio, después de nuestro último esfuerzo en favor del orden, nos encontramos en el Salón Montevideo. Pedí a Ud. nos señalásemos un punto de reunión para el día siguiente a fin de obrar de acuerdo en el momento del conflicto. Ud. se resistió a creer que estallase, pero asintió a mi instancia, y nos dimos cita en casa del señor Hordeñana.

El ruido de los primeros tiros nos reunió allí. Ud. recordará mis palabras: nuestro puesto es al lado del Presidente de la República. Ud. resistió un momento, exponiéndonos que los revolucionarios, que rodeaban el Fuerte, le darían vivas, y Ud. no quería ser victoreado por el motín.

A poco rato se alejaron de allí los soldados, y fuimos con Ud. a ponernos a las órdenes del señor Giró.

Ud. ha convenido después muchas veces conmigo en que si en vez de ir al Fuerte hubiésemos ido a la plaza, ese go, nuestra cisión de los revolucionarios salvó el orden, Luego, se hubiera evitado tal vez el conflicto del 19 si la cisión hubiese tenido lugar cuando por la primera vez la propuse.

En todo esto no puede Ud. reprochar la menor desviación a sus compañeros de entonces. Si en esos actos hubo, no diré error, alguna falta de previsión, sólo estuvo de parte de usted.

Después del 18 de julio, nos dijimos, es preciso abrir a esas pasiones comprimidas un ancho cauce de altas ideas y generosos sentimientos, para evitar otro estallido, y se fundó "El Orden". Es preciso dominar por una organización pacífica esos elementos desencadenados por la revolución, y se organizó el partido conservador con el programa de la Sociedad de Amigos del País, mediante el asentimiento de todos, aun del mismo señor general Pacheco.

¿Nos negaría Ud. ahora la sanidad de la intención?

Los resultados demostraron que no hubo error en esos trabajos. Ellos produjeron esa noble política de setiembre, de que el partido conservador se enorgullecerá siempre.

El 25 de setiembre, abandonados por el Presidente de la República, abandonados por la Comisión Permanente, quedamos en la situación de los soldados que, abandonados por sus jefes, permanecen sin embargo en sus puestos y los defienden. Evitamos la guerra civil. Esto es siempre un servicio a la República.

La política brasilera nos suscitó la reacción. En la lucha no teníamos más que un puesto. Pero, en medio a la exaltación de las pasiones, defendimos la libertad del su-

fragio en obsequio de nuestros adversarios, y conseguimos el aplazamiento de las elecciones; pugnamos por la tolerancia y la generosidad en la política, resistimos a las prisiones, a los destierros, y aunque fuimos vencidos nos quedó el honor de la resistencia.

Luego hemos sustentado incesantemente, contra la administración del señor general Flores, la libertad del sufragio, los principios de orden administrativo, de regularidad financiera, las ideas favorables al desarrollo del comercio, al aumento de la riqueza, y siempre evitando agitaciones inútiles, resistiendo al mal sin exaltar los ánimos, presentándonos solos, inermes, indefensos, a la animadversión y a la hostilidad del poder.

Ese trabajo ha hecho a la opinión, — oposición según el señor Lamas. Habíamos preparado, de consiguiente, un gran resultado pacífico.

¿En qué nos hemos desmentido en todo esto? ¿En qué hemos dejado de ser sinceros, leales?

Hoy se inicia con el folleto del señor Lamas una agitación prematura, ardiente, y Ud. suscribe a ella, se asocia a ella.

De la opinión que era oposición, hacen Uds. una opinión que puede ser revolución.

Sin levantar una nueva bandera sobre orden constitucional y administrativo, sobre procederes de buen gobierno —pues nada contiene el programa del señor Lamas que no haya sido profesado y practicado por el partido conservador—, levantan Uds. una nueva bandera de lucha puramente política, de guerra civil.

Colocan Uds. al país de nuevo en esta disyuntiva: o el triunfo del partido blanco, es decir la reacción más o menos violenta, o la dictadura del general Flores.

Teníamos una salida. Uds. la han cerrado.

Todos los miembros del antiguo partido blanco han aceptado la fusión. Lo comprendo: son en ella la mayoría. El otro partido estaba fraccionado en dos partes: floristas y conservadores. Uds. lo han fraccionado en tres: floristas, conservadores y fusionistas.

Nada importaría el triunfo de los miembros del partido blanco, si pudiesen gobernar al país. Pero en nuestra situación actual, eso es imposible. Un gobierno compuesto de esos hombres, entre los cuales me complazco en reconocer muchos honorables, sería una revolución permanente.

La fusión era lo peor que podía proclamarse en la actualidad.

En tesis general, tampoco es sostenible. Ud. lo había reconocido como miembro del partido conservador.

Entre la fusión por que Ud. hoy aboga y la conciliación que el partido conservador patrocinó en sus discusiones y redujo a práctica en su política de setiembre de 1853, hay esta diferencia: que la conciliación es la armonía de los hombres en el campo de los principios, de las ideas, y la fusión un mero acomodamiento de intereses encontrados que se dicen: tanto para mí, tanto para ti; un ministro colorado, otro blanco; un diputado colorado, otro blanco; un juez colorado, otro blanco, etc. ¿Qué es del programa en esta distribución de medios y de influencias? La fusión así no es otra cosa que una adquisición de posiciones. Conquistadas las posiciones, preciso es sostenerlas, apuntalarlas, con otras adquisiciones nuevas. Entonces viene el choque.

Nó; no es esta la conciliación por la cual trabajó Ud. con los conservadores: es la fusión que Ud. atacó y reprobó con nosotros; es la fusión de 1851, que nos trajo la guerra civil de 1853, con su larga secuela de dolores y ruinas.

Esa fusión está condenada en la teoría y en la práctica. La ciencia política la reprueba. Sus resultados ahí están en esa sangre fresca todavía en los campos orientales.

No reconocemos, pues, que seamos nosotros los que estamos en error y tenemos sobrado fundamento para asegurar que es Ud. el equivocado.

La fusión sola sería un mal. La fusión bajo el patrocinio de la alianza brasilera son dos males. La de 1851 también fué la niña mimada de la alianza.

Ud. combatió con nosotros la política brasilera. Hoy la abraza Ud., acepta Ud. la santificación que de ella hace el folleto del señor Lamas.

Mando a la prensa de Montevideo y Buenos Aires una carta al señor Lamas sobre esa política. Ella le probará a Ud. que por mi parte persisto en mis viejas creencias a su respecto, y creo que no me encontraré solo en ellas; que habrá muchos que lo declaren a Ud. convertido al error.

Ud. seguirá su camino. Nosotros el nuestro.

El partido conservador ha sufrido más de una vez la pérdida de hombres importantes. El señor general Flores y el señor general Pacheco le pertenecieron y se le segregaron. Con acuerdo de amigos se adoptó esa denominación, y ambos concurrieron a los trabajos del partido.

El señor general Flores se separó arrastrando tras sí la inmensa influencia del gobierno, además de su prestigio personal, y el partido conservador no sucumbió.

El señor general Pacheco se le separó en marzo de 1854 arrebatando al partido un héroe y un genio, un gran talento y la popularidad de grandes servicios, y no sucumbió.

La separación de Ud. es una pérdida considerable. Su inteligencia, sus luces y sus servicios a la independencia y libertad de la patria, eran uno de los timbres del partido.

La fusión ha hecho en usted una valiosa conquista. Sin embargo, tengo confianza en que el partido conservador no ha de desaparecer ahora; como no desapareció con la separación del señor general Flores y del señor general Pacheco y Obes, que tanto poder e importancia le daban.

No merece ese partido, cuyos miembros han sufrido en defensa de los intereses del país, cuyos trabajos han dado los resultados demostrados por el folleto del señor Lamas, crear una opinión que es oposición a toda aspiración a la dictadura, y dejar irrevocablemente perdida una poderosa fuerza extranjera.

La verdad es por sí sola un poder. Ella al fin se sobrepone a los prestigios y a las combinaciones de los hombres. Basta tener un poco de paciencia para esperar a la acción irresistible del tiempo, este gran reparador de todos los errores.

El tiempo ha de dejar demostrado, sin tardar mucho, que la República ha estado y está bajo la presión de dos grandes males: el uno, la influencia, la acción de la política brasilera en nuestros negocios internos; el otro, la propensión a las falsas soluciones de los pactos políticos entre partidos opuestos y extraños, esas alucinadoras *ententes* cordiales, *baisers Lamourette*, quimérica, imposible fusión, origen siempre de nuevas y más violentas explosiones.

Los caudillajes, las dictaduras, las desorganizaciones, son efectos y no causas, y no se impiden los efectos sin extirpar las causas.

El tiempo ha de dejar demostrado eso, y que los que clamamos todavía: ¡No más alianzas! ¡No más fusión!, somos los que mejor comprendemos los intereses de la paz, de la libertad y de la prosperidad de la República.

Usted, que así lo creía, ha mudado de opinión.

Siempre he pensado que es un acto de honradez persistir en las convicciones que se creen buenas y defenderlas de la presunción de error que arroja sobre ellas la segregación de un antiguo correligionario.

Sobre todo, la lealtad que he guardado siempre a mis amigos me impondría en todas ocasiones el deber de protestar por ellos contra la sospecha de insinceridad, de doblez política que arroja siempre sobre los demás el alejamiento de un compañero de causa; de protestar por ellos que nos han acompañado noblemente en los padecimientos y en los esfuerzos que han templado más de una vez nuestro espíritu abatido y han levantado nuestras esperanzas en los malos días.

Juan Carlos Gómez.

EL DESCONSUELO DEL PROSCRIPTO

Buenos Aires, 29 de mayo de 1882.

Señor Dr. D. Pedro Bustamante.

Montevideo.

Mi querido amigo:

Aprovecho la ida de su hermano político para probarle que el olvido no es la razón del silencio que se ha hecho entre nosotros, y que si tenemos pereza o pena en interrumpir, harto lo explican las tristes cosas que constituyen nuestra vida y nuestra época.

Yo esquivo hablar de la patria. La vergüenza se me sube al rostro cuando alguno me la nombra, porque es imposible descender a más bajo nivel un pueblo que se mostró capaz de tanto heroísmo.

Por acá marchan también a pasos acelerados hacia el bizantinismo, que lleva los pueblos a Sedán o a Chorrillos, por irresistible pendiente, y en vano se cubre esta disolución con los oropeles de un falso progreso, como se cubre de flores la podredumbre del cadáver.

El espectáculo de los pueblos del Plata no puede dejar de enfermar el alma con la tristeza del desconsuelo y sumergirnos en ese abatimiento de lo irremediable, que es una muerte moral.

Y lo peor es, amigo, que no hay en dónde refugiarse.

El trabajo, que es un gran consolador, es para nosotros, los abogados, un medio más de presenciar hasta dónde la corrupción ha invadido todo el organismo de estas sociedades. Si pudiera ser changador no sería abogado; pero ¿qué hacer a sesenta y dos años de jornada sin medio de subsistencia?

La literatura, que es otro yunque de trabajo, viene a afligirnos más con el asqueroso realismo, que ha entronizado la escuela triunfante de las "Naná" y "Pot Bouille". Abismarse en lo pasado es aislarse de la época y de la sociedad a que se pertenece, suicidarse, dejar de ser, reducirse a momia que siente su anonadamiento y palpitar la fuerza de la vida en su inmovilidad marmórea.

Hemos sido muy desgraciados en haber venido al mundo con nuestras ideas y sentimientos en la época que nos ha tocado, condenados a una injusta inutilidad, con los medios de haber sido muy útiles a nuestro país y muy dignos de la felicidad de hacer y gozar el bien que podríamos hacer.

Deben Uds. vivir ahí casi desesperados. Calculo todo lo que pasará dentro de su cerebro. ¿Qué hacen los pocos que han salvado del naufragio su dignidad personal siquiera?

Cuántas veces la nostalgia me ha tenido con el pie en el estribo para una corta excursión por la patria, que me afflige morir sin volver a ver, y he tenido que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no dejarme vencer por esa debilidad del corazón! Si está escrito que he de terminar mis días sin volverlos a abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor a los seres y a las cosas que fueron el embeleso de mi juventud y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez.

Escríbame de tiempo en tiempo, cuando el aburrimien-

to del presente lo empuje al pasado, para consolarse al menos con la idea de que todavía quedan en la tierra hombres de corazón como su viejo amigo

Juan Carlos Gómez.

Buenos Aires, 23 de enero de 1884.

Señor Dr. D. José María Muñoz.

Mi estimado amigo:

Sentí sobremanera la casualidad que me impidió darle un abrazo el lunes. Jamás salgo de casa a esa hora, y una circunstancia imprevista me hizo salir ese día por unos minutos, llegando momentos después de su ida. Tenemos tan pocas ocasiones de vernos, y los dos estamos tan cerca del límite extremo de la vida, que estas ocasiones perdidas son verdaderamente irreparables para el corazón.

Más feliz con nuestro Bustamante pasé con él toda una tarde preciosa, charlando de *omni re scibili*, desde la filosofía de la política hasta los "comadrajés" de aldea. Una de mis privaciones más dolorosas es no hablar de la patria, porque tengo vergüenza de ocuparme de ella con extraños, y tan asquerosas son sus dolamas, que sólo en la intimidad de la familia, con ustedes, me permito deplorarlas. Qué tiempos nos han caído en suerte!

La atmósfera universal, de la que participamos, es materialista y cínica. El mundo entero no se ocupa de otra cosa que de adorar al Becerro de Oro. La inteligencia humana parece haberse rebajado hasta la tontera, cuando Ud. vé a los pueblos y a sus primeros hombres embriagados con la

vanidad de la ostentación, sin comprender siquiera la elevación moral que hace vivir a los hombres en la memoria de los siglos. Llega uno en ciertos momentos a exclamar con Byron: "no hay esperanza para las naciones!"

Sin embargo, es una gran satisfacción para nosotros haber salvado del naufragio, o más bien dicho, del diluvio universal, la dignidad del nombre intacta, y presentar a una sociedad venal y apocada el ejemplo de saber morir de hambre por no derogar un ápice la altivez del alma ni desmerecer del fallo de la propia conciencia.

Sé que esta felicidad es tal vez la única que Ud. goza. Dios le dé las otras que puedan ayudarle a la tranquilidad de los últimos días; y si vuelve a pasar por aquí, avíseme en el acto de su paradero, para tener el placer de darle un abrazo y de hablar de nuestros tiempos y de nuestros recuerdos.

Su amigo

Juan Carlos Gómez.

INDICE

	<u>Pág.</u>
Juan Carlos Gómez	7
Introducción al curso de Filosofía del Derecho	9
El periodismo	21
La conciliación	23
La tolerancia	27
La vida de Jesús	31
La muerte de César	39
El programa de Lamas de 1855	71
El desconsuelo del proscripto	81

Imprenta "Gaceta Comercial"
Plaza Independencia 717
Montevideo

